

Revista de Historia

Nos. 57-58 / 2008

ISSN 1012-9790

# Revista de Historia

Enero – Diciembre  
Nos. 57-58 / 2008



Escuela de Historia  
Universidad Nacional

Centro de  
Investigaciones Históricas  
de América Central  
Universidad de Costa Rica



En catálogo Latindex





Esta revista se edita conjuntamente por la  
Universidad Nacional y la Universidad de Costa Rica

### Consejo editorial

*Escuela de Historia, Universidad Nacional*  
M.Sc. José Manuel Cerdas Albertazzi. *Director*  
Inés Sánchez Alfaro, *Secretaria*  
MBA. Gertrud Peters Solórzano  
Lic. Carlos Hernández Rodríguez

*Centro de Investigaciones Históricas  
de América Central, Universidad de Costa Rica*  
Dr. Ronny Viales Hurtado. *Editor*  
Dr. Juan José Marín Hernández  
Dra. Elizeth Payne Iglesias

### Edición técnica:

Bach. Zaira Salazar Corrales  
Bach. Zulma Sánchez Fuentes

### Portada:

*Campanario Iglesia de Quircot, Cartago*  
*Fecha del inmueble: Inicios del siglo XIX*  
*Fotografía: Rosa Malavassi*  
*Colección: Carmela Velázquez*  
*Fecha fotografía: 19 de mayo, 2009*

*Convento de Guadalupe,*  
*Granada, Nicaragua, C. 1857*  
*Fuente: Harper's Weekly, A Journal of Civilization,*  
*16 de mayo de 1857, pág. 97*  
*Colección: Carmela Velázquez*

*Sello Postal AMÉRICA-UPAEL, 1994*  
*20 colones*  
*Ilustración del Álbum de Figueroa, siglo XIX*  
*CORTEL*  
*Colección: Carmela Velázquez*



**Diseño de Portada:** Juan Carlos Fallas Zamora

**Diagramación:** Marcos Bonilla Poveda

### Editorial Universidad de Costa Rica

www.editorial.ucr.ac.cr  
correo electrónico: administracion.siedin@ucr.ac.cr  
San José, Costa Rica

### Editorial de la Universidad Nacional

www.una.ac.cr/euna  
correo electrónico: editoria@una.ac.cr  
Heredia, Costa Rica

Revista  
905

R454r Revista de historia / Escuela de Historia, Universidad  
Nacional, Centro de Investigaciones Históricas, Universidad  
de Costa Rica. – Vol. 1, no. 1 (1975) – . Heredia, C.R. :  
EUNA, : Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1975-  
v.

ISSN 1012-9790  
Semestral

1. Historia – Publicaciones periódicas. I. Título.

CCC/BUCTR-105



Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica

© Editorial Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria “Rodrigo Facio”, Costa Rica.  
Apdo. 11501-2060 • Tel.: 2511-5310 • Fax: 2511-5257  
E-mail: administracion.siedin@editorial.ucr.ac.cr • Página web: www.editorial.ucr.ac.cr

Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

## Índice

---

<b>Presentación</b> .....	7-8
<i>Ronny Viales Hurtado</i>	

### SEMBLANZA

<i>Elizet Payne Iglesias</i> Claudia Quirós Vargas, su aporte a la Historia Colonial de Costa Rica y Centroamérica .....	9-20
--	------

### SECCIÓN AMÉRICA LATINA

<i>Christophe Belaubre</i> El traslado de la capital del Reino de Guatemala (1773-1779). Conflicto de poder y juegos sociales .....	23-61
---	-------

### SECCIÓN COSTA RICA

<i>Carmela Velázquez Bonilla</i> Las funciones y las relaciones sociales, económicas y políticas de los miembros del cabildo catedralicio de la Diócesis de Nicaragua y Costa Rica (1531-1859).....	65-83
--	-------

<i>Eduardo Madrigal Muñoz</i> Elites instruidas en la Costa Rica colonial, 1564-1718 .....	85-107
---	--------

<i>María Clara Vargas Cullell y Eduardo Madrigal Muñoz</i> De rituales y festividades: Música colonial en la provincia de <i>Costarrica</i> .....	109-134
--	---------

<i>María de los Ángeles Acuña León</i> Papel reproductivo y productivo de las mujeres esclavas en Costa Rica en el siglo XVIII.....	135-161
---	---------

## SECCIÓN DOCUMENTAL

*Carmela Velázquez Bonilla*

Relación de los méritos, grados y servicios del licenciado don Pedro Agustín  
Morel de Santa Cruz, Deán de la Iglesia Catedral de la ciudad de Santiago de  
Cuba ..... 165-172

## SECCIÓN CRÍTICA BIBLIOGRÁFICA

*David Díaz Arias*

El sesquicentenario de la Campaña Nacional y la Historiografía costarricense . 175-202

## EL SESQUICENTENARIO DE LA CAMPAÑA NACIONAL Y LA HISTORIOGRAFÍA COSTARRICENSE

*David Díaz Arias\**

El 2006 y el 2007 eran años conmemorativos para los costarricenses. El motivo de celebración nacional consistía en el recuerdo de la guerra sostenida entre 1856 y 1857 por los ejércitos costarricenses, apoyados por tropas de los otros países centroamericanos, en contra de los filibusteros dirigidos por el mercenario estadounidense William Walker, quienes se encontraban afincados entonces en Nicaragua. Aunque hacia el final del siglo XIX hubo un primer intento por memorar la Campaña Nacional el 15 de setiembre,<sup>1</sup> desde principios del siglo XX los políticos e intelectuales costarricenses enfatizaron el 11 de abril como la fecha cuyo simbolismo englobaba la lucha antifilibustera.<sup>2</sup> Dicha fiesta, centrada en la figura del héroe Juan Santamaría, se celebró con esmero y puntualidad desde 1915 y se convirtió en un día fundamental tanto para la legitimación del poder como para enfrentarlo. De esa manera, una buena parte del país esperaba que el 11 de abril del 2006 se iniciara un programa de celebración que se extendería hasta mayo del 2007 y que involucrara una fiesta de dimensiones justas para evidenciar que se cumplían 150 años de una de las luchas más importantes que llevó adelante el Estado de Costa Rica en el siglo XIX.

Contrario a lo deseado por quienes auguraban el recuerdo público de la Campaña Nacional, no hubo algo siquiera parecido a una gran fiesta conmemorativa ni en el 2006 ni en el 2007.<sup>3</sup> La respuesta a esa ausencia se encuentra en un contexto en que nuevas órdenes reguladoras de las fiestas del 11 de abril coincidieron con una creciente crítica social, promovida por el desgaste de las instituciones públicas a raíz de las políticas neoliberales adoptadas en las décadas anteriores, el intento de privatización del Instituto Costarricense de Electricidad (ICE) en el llamado Combo-ICE, los casos de corrupción en que fueron asociados varios políticos y ex-presidentes del país, así como un ascenso en el abstencionismo en las elecciones presidenciales,<sup>4</sup> la crítica por la presencia de Costa Rica en la lista de países que habían apoyado la Guerra de Irak y la división social interna promovida por el envío a la Asamblea Legislativa y la discusión de un Tratado de Libre Comercio (TLC) con los Estados Unidos. Lo anterior, asociado a la poca distancia temporal con las ajustadas elecciones presidenciales del 2006 en que se involucraron muchos académicos, sindicalistas, empresarios y grupos sociales, se complementó entre marzo y mayo del 2005

---

\* Costarricense. Magister en Historia por la Universidad de Costa Rica (2002) y candidato al doctorado en Historia por Indiana University. Profesor en las escuelas de Historia y Estudios Generales de la Universidad de Costa Rica. Correo electrónico: [ddiazari@indiana.edu](mailto:ddiazari@indiana.edu)

con la aprobación de una reforma al artículo 148 del Código de Trabajo promovida por el Movimiento Libertario, que tendió a acabar con los días de fiesta nacional al desplazarlos de la fecha en que se celebraban.<sup>5</sup>

De esa manera, la fiesta del sesquicentenario de la Campaña Nacional no alcanzó el brillo que sí tuvo, por ejemplo, la del centenario en 1956.<sup>6</sup> No obstante, la producción historiográfica no contribuyó a la negación gubernamental de esa conmemoración. Al contrario; el aniversario indicado sirvió como excusa para la publicación de varias obras históricas que se referían de manera directa o indirecta a la guerra contra los filibusteros. Este artículo pretende evaluar esa producción, concentrándose en los casos más importantes. Finalmente, el trabajo se detiene a explorar la polémica que el sesquicentenario promovió entre historiadores profesionales y escritores aficionados a la investigación histórica, la cual podría considerarse –junto con la organización de un simposio internacional sobre filibusterismo en la sede de Guanacaste de la Universidad de Costa Rica en mayo del 2007– como el evento cultural más importante producido por la conmemoración del 150 aniversario de la Campaña Nacional.

## Los estudios nacionalistas

Desde finales del siglo XIX, la lucha contra los filibusteros ha sido explorada desde una vertiente nacionalista que critica la veracidad de algunos hechos o personajes de la guerra, pero insiste en presentarla con fines nacionalistas; esto es, como un evento fundador de la nacionalidad costarricense.<sup>7</sup> Esta rama, como era de esperarse, apareció nuevamente representada en el contexto del sesquicentenario. Los exponentes de esta versión fueron los historiadores Juan Rafael Quesada, Raúl Arias Sánchez y el periodista Armando Vargas Araya.<sup>8</sup> El hilo común de estos estudios, diversos en sus temáticas, es justamente la revaloración de la beta tradicionalista-nacionalista del análisis de la Campaña Nacional, una visión que se había acallado un poco por efecto de la aparición de los trabajos invencionistas de la nación.

Por eso, en gran medida, los libros citados –especialmente el de Quesada y el de Vargas–, están escritos como una reacción a la manera en que se había venido explorando la invención de la identidad nacional en el país. Un primer enfrentamiento al respecto, se encuentra en el prólogo que hace al libro de Vargas Araya, el politólogo Rodolfo Cerdas. Allí, Cerdas afirma que una de las más importantes particularidades del estudio de Vargas Araya es que su texto:

“es una clara contribución a demostrar las limitaciones y debilidades conceptuales de cierta moda intelectual, muy en boga en la llamada posmodernidad, que a mi juicio resulta altamente ideologizada, pernicioso para la comprensión de las nacionalidades emergentes y empobrecedora para las comprensión de los fenómenos históricos y políticos del surgimiento de las identidades nacionales, especialmente en lo que se refiere a los países pobres y subdesarrollados. Según esta visión, identidad y nacionalidad son el resultado de una invención reservada a las élites dominantes y no el fruto objetivo de un conjunto de procesos socioeconómicos, políticos y culturales reales, que les dan vida, significado y sustentación. Sospechosamente, siempre estos enfoques se corresponden con las pretensiones de intereses imperialistas que necesitan y buscan debilitar, cuando no abolir o deslegitimar,

la identidad y nacionalidad de países pequeños y jóvenes que se les oponen y reivindican su derecho a la autodeterminación. Significativamente, es a estos a quienes se les aplica lo de la invención de la nacionalidad, puesto que para los países grandes, poderosos, imperialistas y neocoloniales, el concepto no tiene aplicación. Ni siquiera lo tiene respecto a los Estados Unidos de América, tan joven y novel como las otras naciones latinoamericanas. Así, como que la invención de la nacionalidad es un recurso ideológico más, que se utiliza para menguar el concepto de nación, cuando se trata de enfrentar políticas imperialistas y globalizadoras, no cuando el objetivo es imponerlas”.<sup>9</sup>

El conjunto de afirmaciones de Cerdas son intrépidas: se acusa a los análisis que toman la perspectiva modernista o invencionista de la nación, no sólo de deformar y empobrecer la realidad histórica que estudian, sino también de que sus trabajos están extrañamente conectados con un proyecto imperialista, globalizador y neocolonial. De ahí, según Cerdas, que las investigaciones que se desarrollan desde la perspectiva apuntada, se enfocan en los países pequeños o pobres y nunca en las potencias. Por eso, es importante, desde el comienzo, enfrentar las afirmaciones de Cerdas, no sólo porque involucran cierto desconocimiento de los trabajos que critica, sino también porque su visión será acogida por una buena parte de los defensores de los estudios de Vargas Araya y Quesada Camacho en el contexto del sesquicentenario, algo a lo que se dedica la última parte de este artículo.

Cerdas se equivoca al decir que los estudios invencionistas de la nación se han aplicado solamente a los países subdesarrollados y a las regiones pobres del mundo. En realidad, el conjunto de conceptos que han modelado la teoría criticada por el politólogo costarricense, surgieron del estudio de la construcción de los nacionalismos en Europa. Esos trabajos, además, partieron de una reacción de varios historiadores marxistas europeos a la manera en que la intelectualidad de izquierda estalinista había concebido a la nación; esto es, como “una comunidad estable, fruto de la evolución histórica, de lengua, territorio, vida económica y composición psicológica que se manifiesta en una comunidad de cultura”.<sup>10</sup> Frente a esta definición, un nuevo grupo de estudiosos contrapuso la de interpretar a la nación como una comunidad imaginada y como una producción cultural que se lleva adelante con fines hegemónicos por parte de élites, intelectuales y movimientos nacionalistas no anteriores al siglo XIX. El antecedente más antiguo de esa perspectiva crítica lo constituyen algunos intelectuales y políticos del siglo XIX como Ernest Renan o Pi i Margall quienes, como testigos, habían denunciado la artificialidad de los proyectos de construcción nacional en Europa. Junto a ellos, además, intelectuales y grupos de anarquistas también habían evidenciado el poder hegemónico detrás de los proyectos de nación burguesa que se construían a finales del siglo XIX y principios del siglo XX.<sup>11</sup> Pero la verdadera beta que origina los estudios modernos de la nación es la proporcionada por el valioso avance teórico-marxista de Gramsci y sus trabajos sobre hegemonía,<sup>12</sup> de la aplicación de esos conceptos al análisis de la formación de la clase obrera europea hechos, entre otros, por Edward Thompson y Eric Hobsbawm,<sup>13</sup> por los estudios literarios de Raymond Williams,<sup>14</sup> por las disquisiciones en torno al concepto de ideología<sup>15</sup> y por el valioso aporte del estudioso de Asia Benedict Anderson.<sup>16</sup> Utilizando las contribuciones teórico-metodológicas de esos autores, se han publicado una gran variedad de trabajos invencionistas sobre los nacionalismos europeos.<sup>17</sup> La teoría descrita, por supuesto, también ha sido aplicada a la historia de los Estados Unidos en una impresionante bibliografía, cuyo tamaño la hace

imposible de citar en este artículo, pero que destaca trabajos sobre la invención del discurso nacional, de la identidad nacional, las instituciones nacionales, los discursos de etnia y de la memoria nacional estadounidense.<sup>18</sup>

De los estudiosos europeos, el historiador Eric Hobsbawm es quien se ha destacado más en el estudio de las invenciones nacionales. A él se le deben varios ensayos sobre la invención del nacionalismo en Europa, la afinación del concepto de protonacionalismo popular y la teorización de la invención de la tradición.<sup>19</sup> Obviamente, es difícilísimo de creer que a una vida de compromiso militante en la izquierda como la de Hobsbawm,<sup>20</sup> que en los últimos años ha tomado la forma de una denuncia de los males de la globalización mundial contemporánea,<sup>21</sup> se le pudieran hacer cargos de imperialismo o neocolonialismo por sus estudios sobre el nacionalismo. Tampoco parece ético endilgar acusaciones parecidas a estudiosos latinoamericanistas en Europa, Estados Unidos y Latinoamérica que han hecho análisis desde la perspectiva invencionista y cuyas vidas académicas, al menos desde la década de 1960, los han destacado como una de las alas intelectuales más críticas del imperialismo, el neocolonialismo y la globalización.<sup>22</sup> De esa manera, los análisis invencionistas de la nación proceden más bien de la izquierda y en ellos quizás existe un sentido político que lejos de apoyar programas imperialistas tienen por meta evidenciar el sistema de poder hegemónico que envuelven los discursos nacionales de los estados capitalistas y el problema que esos discursos de identidad tienen sobre los movimientos de izquierda.<sup>23</sup>

A pesar de ser erróneas, las afirmaciones de Cerdas coinciden muy bien con el sentido analítico del trabajo que prologa, lo cual no significa exactamente que Vargas Araya comparta lo que su presentador externa. De hecho, Vargas indica que su estudio ha sido parte de un “empeño puramente personal, sin atadura alguna a becas o donativos, instituciones o gobiernos” y que se “sustenta en un criterio independiente de escuelas, capillas o partidos”.<sup>24</sup> Esta afirmación, empero, no libera al libro reseñado de su fuerte carga nacionalista y, sobre todo, de su intento por recuperar la tradición del análisis histórico que enaltece al presidente Juan Rafael Mora Porras como un caudillo de proporciones gigantescas y como mártir nacional.<sup>25</sup>

En efecto, aunque los objetivos no se exponen claramente, el libro de Vargas Araya busca arrojar luz sobre dos procesos comunes: primero, que la guerra contra los filibusteros en 1856-1857 tuvo un impacto mundial que no ha sido explorado y, segundo, que Mora Porras es el genio detrás de la lucha y por eso su figura también tiene trascendencia internacional. En la exploración de esos dos niveles de análisis, Vargas Araya hace una importante contribución al estudio de la Campaña Nacional, al exponer el eco que tuvo en Europa, México y Suramérica.<sup>26</sup> De las fuentes utilizadas por este autor, las más importantes son las que involucran periódicos contemporáneos a la guerra contra el filibusterismo y los documentos diplomáticos encontrados en archivos en Estados Unidos, Francia e Inglaterra. El problema sin embargo, radica en la forma en que Vargas Araya lee esas fuentes y las combina con otras que no corresponden a la época analizada. Por ejemplo, al referirse a la salida de las tropas costarricenses de San José el 4 de marzo de 1856, Vargas Araya reproduce, como si una fuente histórica estuviera describiendo esa salida, una cita de la novela de Carlos Gagini titulada *El Erizo* y que fue publicada por primera vez en 1922.<sup>27</sup> Igualmente, conforme transcurre el episodio de la batalla de Santa Rosa –20 de marzo de



1856–, Vargas Araya cita a José de Vasconcelos, como si fuera un comentario surgido en ese contexto y no, como realmente lo es, varias décadas después.<sup>28</sup> Lo mismo ocurre con un comentario de Élisée Reclus respecto a la batalla de Rivas –11 de abril de 1856– y con posteriores referencias a la acción del ejército costarricense y, especialmente, de la figura de Mora Porras.<sup>29</sup>

Al concentrarse únicamente en las fuentes que no ponen en entredicho su argumento central, Vargas Araya descuida inspeccionar las dudas que existen sobre la discusión pública al interior de los Estados Unidos con respecto a la actividad filibustera en Centroamérica<sup>30</sup> y a la evidencia que permitiría explorar más las características y fines que agrupan a los sectores opuestos a Mora Porras en Costa Rica. Esto ocurre así porque en la perspectiva de Vargas Araya, cualquier otro intento por volver más complejo su cuadro de análisis, tiene como trasfondo un interés político y malvado por desprestigiar a Mora Porras o a la Campaña Nacional.<sup>31</sup> De allí que, para el autor comentado, Mora Porras encarna lo mejor del político universal en general y costarricense en particular: “traslada al gobierno sus virtudes de buen *paterfamilias*”, “incardina una sobria austeridad castellana de caballero católico, hondamente humana y soberbiamente altiva” y “profesa la fe americanista de la integración de los pueblos de lengua española y portuguesa”.<sup>32</sup> Esta admiración se convierte al final del texto en un acto de fe cuando el autor afirma que:

“Creo que el Presidente Mora tiene mucho qué hacer en Costa Rica todavía. Creo que es el mejor Presidente de la República de todos los tiempos. Creo que nuestra personalidad nacional tiene raíces indestructibles en su ejemplo y en sus ideales, los cuales saturan de ideas-fuerza la historia y el porvenir de la nación. Creo que todos los costarricenses somos hijos de don Juan Rafael Mora, de su espada, de su sabiduría, de su sacrificio. Ante él debemos inclinarnos, con entrañable amor, y decir, con cariñoso respeto, ¡oh, padre! Creo que es padre de la abolición de la pena de muerte. Creo que es padre de nuestra democracia. Creo que es hombre solar, homagno que acepta su misión, la ennoblece y la cumple. En el rosicler que alumbra las cúspides del Irazú, el Poás y el Turrialba, vio claro el futuro de la patria. En los arreboles que endoran las crestas del Tenorio, el Miravalles y el Orosí miró hermosísima la dignidad de ser costarricense”.<sup>33</sup>

Como se puede observar en la cita anterior, el lenguaje juega un papel muy importante en el libro de Vargas Araya. Su estilo narrativo confirma no sólo el objetivo político que se ha impuesto con su admirado –rescatarlo de la oscuridad y redimir su memoria–, sino que también intenta hacer pasar por la figura de Mora Porras todas las características del evangelio histórico nacionalista costarricense. En ese sentido, para Vargas Araya, Mora expresa y significa la nacionalidad costarricense. La guerra contra los filibusteros, empresa de Mora, es entonces concebida como el hecho que consolida la identidad nacional costarricense.<sup>34</sup> Pero no sólo eso. Desde la perspectiva de Vargas Araya, la lucha contra Walker y sus seguidores representa todavía más; tiene dimensiones continentales y mundiales y habría dado origen a la designación de los países al sur del río Grande como América Latina. Empero, el interesante vínculo identificado por Vargas Araya entre el poema escrito en 1856 por el poeta colombiano José María Torres Caicedo y la guerra contra los filibusteros,<sup>35</sup> necesita ser explorado con más detalle si es que realmente el autor quiere probar que Torres Caicedo inventó el término América Latina por efecto de la guerra contra Walker. Empero, dos dudas ponen en aprietos esa tesis: la primera es que

el poema citado no menciona específicamente a Mora Porras o a Costa Rica y la segunda es que se debe prestar más atención al impacto que en la perspectiva de Torres Caicedo, tuvo la insistencia por una patria latinoamericana que se desarrolló en varios grupos por toda Hispanoamérica después de la independencia.<sup>36</sup> Al respecto, y observando fundamentalmente las citas que de autores de finales del siglo XIX y principios del siglo XX hace Vargas Araya, es fácil percibir un interés por parte de la intelectualidad hispanoamericana de utilizar de alguna manera la lucha contra Walker de 1856-1857, en su proyecto de invención de un nacionalismo continental. Este elemento, no precisado por quienes han estudiado el hispanoamericanismo de principios del siglo XX,<sup>37</sup> debería profundizarse ya que en él podría estar la semilla que daría fruto con el posterior esfuerzo de Joaquín García Monge por darle a Costa Rica una dimensión continental con su *Repertorio Americano*<sup>38</sup> y explicaría además el eco que los intelectuales radicales costarricenses de principios del siglo XX tuvieron en las discusiones sobre la identidad latinoamericana, generalmente explorada en relación con México, Suramérica o el Caribe.

Algunos otros pequeños detalles del estudio de Vargas Araya llaman la atención porque apuntan a reafirmar su pretensión por fundar un modelo con su libro. En esos pequeños detalles, de nuevo, el lenguaje es una herramienta fundamental. Así, Vargas Araya no llama a Juan Rafael Mora como “don Juanito” porque considera que una designación así “baja el piso” a quien él siempre nombra como “Presidente Mora”.<sup>39</sup> Insistiendo en ese tipo de cambios, el autor reseñado llama a los estadounidenses con el neologismo de “usamericanos”; no se refiere a América con ese nombre sino con el de “Continente de Colón”; refiere al Destino Manifiesto escribiéndolo siempre en minúscula, “porque apenas sube de frase periodística a eslogan político sin cuerpo de doctrina propio como conjunto de conocimientos o teorías fundamentales de una ciencia o disciplina” y también indica que “a las gloriosas hombradas de 1856 y 1857” las llamará “Guerra Patria” y no Campaña Nacional porque este segundo término corresponde “a una nación centroamericana que nunca existió en la realidad”.<sup>40</sup>

A la par de este conjunto de nuevos términos que podrían apuntar a una intención antiimperialista en la narrativa de Vargas Araya, aparecen sin embargo otras designaciones sumamente problemáticas. Por ejemplo, el nacionalismo que según Vargas Araya motiva a los costarricenses a ir a la guerra, vendría de España, al afirmar este autor que: “El Presidente Mora se ufana del patrimonio europeo que distingue al Pueblo Costarricense, legado en el cual amasa su identidad nacional con el calor de la sangre y el calor de la fe. El altiplano central, cada vez más cubierto de plantaciones de café, es como una ínsula hispánica en el trópico”.<sup>41</sup>

La narrativa nacionalista en Vargas Araya coincide así con el discurso oficial de nación costarricense acuñado en el siglo XIX. En esto concuerda también con el trabajo del historiador Juan Rafael Quesada sobre el *Clarín patriótico*, una recopilación que recogió la producción poética que se escribió por efecto de la lucha contra los filibusteros y se publicó en agosto de 1857.

Justo en la introducción de su estudio, Quesada nos revela su posición frente al análisis de la Campaña Nacional, a la que considera “una coyuntura crucial en la forja de nuestra nacionalidad en tanto que sentimiento de identificación colectiva que, sin ninguna duda, deber ser fortalecido, especialmente entre la juventud del país, expuesta, más que

cualquier otro grupo, a los embates desnacionalizadores de la globalización”.<sup>42</sup> Debido a esta posición, indica Quesada, su trabajo que inicialmente involucraba un análisis del *Clarín patriótico*, “se convirtió en un estudio sobre la formación o construcción de la nacionalidad costarricense”.<sup>43</sup> Así, el libro de Quesada se divide en tres partes. La primera parte, titulada “Sobre el *Clarín Patriótico*” intenta describir la obra indicada y a su autor. La segunda parte, llamada “El *Clarín Patriótico* y su contexto”, se concentra en explorar levemente el sentido de la palabra clarín y su relación con la guerra, la doctrina del Destino Manifiesto, algunos elementos relacionados con las proclamas que invitaban a la guerra contra los filibusteros, un vistazo sobre el simbolismo de la Campaña Nacional como una “guerra santa”, un análisis de la canción “A la entrada del ejército vencedor” incluida en el *Clarín patriótico* y una descripción de la fiesta organizada en honor a las tropas que regresaron de la lucha en mayo de 1857. La tercera parte, llamada “La nacionalidad; construcción colectiva en la cotidianidad y el combate”, que es a su vez la más extensa, reúne un intento del autor por explicar cómo la nacionalidad costarricense ya estaba forjada al final del periodo colonial y la manera en que la Campaña Nacional la consolidó.

Es esta última parte la que arroja más dudas con respecto al estudio de Quesada. En ella el autor rescata la tesis que, hace varias décadas, planteó el origen de la nación costarricense en el ocaso colonial. Así, después de citar un trabajo de Francisco Rodríguez Camacho, publicado en 1895,<sup>44</sup> en el contexto de la inauguración del Monumento Nacional, pero que Quesada Camacho introduce como una visión de los “contemporáneos de la guerra contra los filibusteros”, este mismo autor indica que:

“La nacionalidad, si bien tiene una base jurídica, pues implica la relación entre un grupo de personas y el Estado, es esencialmente, un sentimiento de identificación y autorepresentación de los habitantes de una nación determinada, enmarcado en un espacio territorial preciso. Se trata de un vínculo afectivo que se manifiesta en la conciencia de pertenencia a una comunidad con identidad propia y diferenciada de otros grupos y hacia la cual se manifiesta lealtad.

Este tipo de vínculos de identificación es propio de las naciones modernas o del binomio Nación-Estado, es decir, aquellas que se fundamentan en los valores de la modernidad política. Definida así, la nación moderna es producto de un largo proceso. En el caso de América Latina, los orígenes se ubicarían en la época colonial, pero en la independencia surgiría la nación como comunidad política o asociación de hombres libres, como decía Rousseau. La comunidad política significa una identidad colectiva fundada en el reconocimiento de derechos y deberes o identidad ciudadana... postulamos que en Costa Rica durante la época colonial se desarrolló un sentimiento de pertenencia colectivo que llamamos ‘prenacional’ o ‘protonacional’ en el sentido que fue previo al advenimiento de la independencia, o sea, al surgimiento del binomio Nación-Estado”.<sup>45</sup>

Planteada esta posición, Quesada se basa en un estudio de José Luis Vega Carballo publicado en 1981,<sup>46</sup> pero que presenta como parte del “estado actual de los conocimientos”, para proponer la idea de que durante la colonia se produjo un “elitismo con igualitarismo” que se combinó con el mestizaje en el siglo XVIII lo cual habría llevado a una mayor integración socio-cultural de los habitantes del territorio de Costa Rica. Quesada también recurre a la idea de Vega Carballo que plantea que en espacios pequeños y de poca población, se produce una interdependencia entre los miembros que termina por integrarlos. A estos elementos Quesada agrega la religión y “el peso determinante” de la Iglesia

en la vida cotidiana de la Costa Rica colonial, factores que habrían permitido integrar a “aquellos pobladores que ya en el siglo XVIII pasaron a ser denominados como los ‘costarricas’ o ‘costarricas’, y posteriormente como costarricenses”.<sup>47</sup> En este punto, Quesada recurre a un trabajo de José Gil publicado en 1985<sup>48</sup> para decir que es posible ubicar un “sentimiento nacionalista” en el último tercio del siglo XVIII. A partir de aquí, Quesada comienza a utilizar el término “costarricas” como si apareciera realmente en varios documentos de principios del siglo XIX que él cita, como, por ejemplo, en el de las fiestas reales realizadas en Cartago en enero de 1809, en las juramentaciones de la Constitución de 1812, en las fiestas de anulación de la Constitución de 1814 y en las acciones que se tomaron luego de recibida el acta de independencia de Guatemala en 1821.<sup>49</sup> En todos esos eventos, Quesada indica como participantes a “los costarricas”, cuando en ninguno de los documentos que refiere se utiliza ese término. No obstante, al emplearlo el autor, el lector no especializado podría pensar que esa era efectivamente la forma en que las fuentes citadas se referían a los habitantes de Costa Rica a principios del siglo XIX.

Al cuadro anterior, Quesada añade la idea de que los conflictos limítrofes sufridos por Costa Rica en el siglo XIX —esta vez sin distinguos de la década de esa centuria en que hayan ocurrido—, “constituyeron una verdadera crisis de *identidad territorial*, la cual impactó a la sociedad costarricense en su totalidad”.<sup>50</sup> Quesada inserta aquí la lucha contra los filibusteros y la cataloga como la “crisis de *identidad territorial* más seria que ha tenido Costa Rica desde el coloniaje español” y como “la experiencia más traumática que ha experimentado la sociedad costarricense”.<sup>51</sup> De esta constatación, el autor erige una declaración un tanto extraña:

“Coincidimos con aquellos estudiosos que —sin caer en los anacronismos ni esnobismos disfrazados de la última moda historiográfica, pero alejados de los archivos—, han visualizado la guerra contra los representantes del *Destino Manifesto* como una etapa excepcional de la cristalización de un haz de sentimientos de identificación colectiva”.<sup>52</sup>

Para sustentar esta declaración, Quesada Camacho se basa en trabajos como el de José Abdulio Cordero publicado en 1964,<sup>53</sup> el de Vega Carballo —otra vez el de 1981—, el de Edelberto Torres Rivas publicado en 1983<sup>54</sup> y el de John Lynch publicado en español en 1976.<sup>55</sup> Al insistir en utilizar esos trabajos sin siquiera incorporar respuestas a las críticas que se les han planteado en el pasado,<sup>56</sup> Quesada, al estilo en que lo hace Vargas Araya en su libro, deja de lado toda la evidencia que pone en entredicho sus argumentos.<sup>57</sup> Lo anterior es aún más problemático ya que Quesada, no se entiende por qué, se niega a dialogar directamente con los autores que han estudiado la construcción de la nación en Costa Rica antes que él y que no comparten sus ideas o su posición teórica. Así por ejemplo, no existe en su texto ni una sola referencia a los estudios de Víctor Hugo Acuña ni a los de Steven Palmer.<sup>58</sup> Estas omisiones son inexplicables. Incluso, ni siquiera en los momentos en que se hace evidente que Quesada está cuestionando los trabajos de alguno de esos autores, los cita.

Además de lo anteriormente apuntado, el libro de Quesada entra constantemente en imprecisiones conceptuales y en líos explicativos. Una primera prueba de esto es la manera en que Quesada niega la capacidad que tienen los Estados y las élites político-económicas de inventar naciones, pero, citando a Josefina Cuesta Bustillo, sí les adjudica a “los



gobiernos y los poderes públicos” la capacidad de ser “imponentes máquinas de memoria o de olvido institucionalizado”.<sup>59</sup> ¿Por qué ambas cosas aparentemente contradictorias, podrían ser ciertas? ¿Por qué el Estado sí puede manipular el recuerdo y la memoria en una sociedad, pero no puede modelar identidades al mismo tiempo? Por otro lado, ¿por qué los gobiernos tienen la posibilidad de crear representaciones colectivas sobre el pasado, pero eso no equivale a que también inventen etiquetas identitarias que se ubican artificialmente en el pasado?

El segundo problema teórico-conceptual que la interpretación de Quesada produce es el relacionado con el análisis de la modernidad política. En ese punto, Quesada recurre muchas veces a las propuestas explicativas de François-Xavier Guerra.<sup>60</sup> El asunto es que el mismo Guerra ha indicado que en Latinoamérica “la gran tarea del siglo XIX para los triunfadores de las guerras de Independencia será construir primero el estado y luego a partir de él, la nación moderna”.<sup>61</sup> Además, al tratar de explicar que la modernidad política dota a la sociedad post-independentista de un nuevo pacto político, Quesada no menciona que de acuerdo con Guerra ese pacto está compuesto tanto de elementos políticos modernos como de la continuidad de representaciones antiguas.<sup>62</sup> Por otro lado, al estudiar la influencia del proceso originado por las discusiones sobre la Constitución de Cádiz en Costa Rica, Quesada adopta el punto de vista eurocéntrico que caracteriza la perspectiva de Guerra. Esto es así porque en lugar de tratar de explicar cómo las diversas comunidades reaccionaron a las transformaciones que venían ordenadas desde España y en qué medida en esas reacciones se mezclaban elementos originados en el interior de la práctica política colonial, Quesada más bien adopta una visión que pone a guías iluminados –por ejemplo al bachiller Osejo o a José Santos Lombardo–<sup>63</sup> como los encargados de educar a la población acerca de las ideas ilustradas. Con eso se desaprovecha la propuesta que investigadores como Peter Guardino han hecho, en el sentido de readaptar ese esquema de educación desde arriba hacia abajo, poniendo más énfasis en cómo los pobres y analfabetos urbanos y rurales, por cuenta propia y con un sentido muy claro de lo que ocurría, participaron en el proceso de cambio político que inician las Reformas Borbónicas y que se extiende hasta el final de la primera mitad del siglo XIX.<sup>64</sup> Esa perspectiva incluso puede ayudar a explicar el tipo de identidades afectadas por las ideas de modernidad política que autores como Charles Walker han vinculado a la formación de una “ideología protonacional”.<sup>65</sup>

Al proponer una lectura de la modernidad en una especie de línea recta, Quesada defiende las manifestaciones de esa modernidad como pruebas de la fortificación de los lazos del carácter nacional costarricense heredados de la colonia. Eso es lo que hace con las fiestas cívicas que se decretan en la década de 1820. Quesada, aplicando el modelo utópico de fiesta cívica ideado por Rousseau,<sup>66</sup> indica que las celebraciones organizadas fueron “momentos de fraternidad colectiva”.<sup>67</sup> No obstante, Quesada no señala que la evidencia del análisis de las celebraciones cívicas en el periodo 1821-1870 claramente deja ver el interés hegemónico que se encuentra detrás de la organización de esas fiestas, que inicialmente se propusieron en 1826 con el fin de afianzar el “espíritu y sentimientos entre los mismos pueblos que es lo que constituye la fuerza moral *el mejor y mas fuerte apoyo de las instituciones políticas*”.<sup>68</sup> Incluso, el Poder Ejecutivo tuvo que luchar constantemente con la negativa de las autoridades municipales a cumplir con los decretos de celebración de fiestas cívicas durante las décadas de 1820, 1830, 1840 y 1850. Esta situación era

todavía más compleja porque cuando las municipalidades organizaban fiestas, tenían que recurrir a la amenaza de castigar con una multa a aquellos vecinos que no participaran de las celebraciones, como lo hizo la Municipalidad de San José en 1838.<sup>69</sup> ¿Se puede hablar de “fraternidad colectiva” ante este cuadro?

Un último elemento que Quesada deja de lado es el localismo. En su explicación, es como si de forma automática, una vez roto el lazo colonial y gracias al constitucionalismo y al republicanismo se estableciera una unidad en los pueblos que habían formado parte de la antigua provincia de Costa Rica.<sup>70</sup> ¿En qué lugar queda entonces la profunda división entre las ciudades y los pueblos que habían hecho la política durante la época colonial y que claramente se dividieron en grupos al calor de las noticias de la independencia guatemalteca? ¿Cómo explicar la batalla de las lagunas de Ochomogo (1823) y la Guerra de la Liga (1835) sin mencionar los sentimientos localistas que hundían sus raíces en los cabildos coloniales, así como los intereses económicos que se encontraban detrás de ellos?<sup>71</sup> ¿Cómo conciliar con la explicación de Quesada que en el mismo proceso de incitación frente a Carrillo que produjo la Guerra de la Liga, algunas hojas publicadas contra el Jefe de Estado se hacían en nombre de “los pueblos soberanos de Costa Rica”?<sup>72</sup> Estas dudas no son pequeñas si se tiene en cuenta que la construcción del Estado dependía de consolidar instituciones fuertes que se encargaran de garantizar el control político sobre la pluralidad de pueblos y grupos que, según el acta de independencia del cabildo de San José del 30 de octubre de 1821, habían vuelto “a su Estado natural de libertad e independencia y al uso de sus primitivos derechos”.<sup>73</sup>

Los problemas apuntados al estudio de Quesada son fundamentales de resolver si es que la perspectiva nacionalista o tradicionalista quiere realmente superar los problemas que les achacara a principios de la década de 1990 Steven Palmer al patentizar que:

“Esta manera de entender la nación costarricense tiene algunas consecuencias bastante serias, dos de ellas tal vez más graves que otras. Primero, la nación se presenta como básicamente pre-política, una auténtica identidad colectiva que ha expresado su esencia única, como el *Volksgeist* de Herder, dentro de las instituciones costarricenses, dándoles un carácter no-ideológico. Relacionado con esto, aunque el fortalecimiento de la conciencia nacional está visto como un elemento importante para lograr el consenso social dentro de un sistema de dominación, el nacionalismo no se conceptúa en sí mismo como un discurso ideológico dirigido por el grupo dominante para constituir una subjetividad subordinada, sino como la expresión de una realidad compartida que aglutina a una sociedad desigual”.<sup>74</sup>

El tercer texto de tipo nacionalista que salió a la luz en el contexto del sesquicentenario de la independencia, tiene menos problemas al respecto ya que no pretende construir una interpretación teórica ni tampoco avanza nuevos elementos a la discusión sobre la Campaña Nacional. Me refiero al estudio de Raúl Arias Sánchez, cuyo libro está dividido en cuatro capítulos: “Costa Rica en tiempos de la Campaña Nacional”; “La Campaña Nacional de 1856-1857”; “Las comunidades en la Campaña Nacional” y “Los soldados de la Campaña Nacional: los héroes olvidados”. Los dos primeros capítulos en realidad son básicamente una recapitulación, sin fines re-interpretativos, de algunos de los principales hechos de armas ocurridos en 1856-1857, según la versión costarricense. El tercer capítulo, cuyo título es muy sugestivo, apenas se detiene a mirar de qué manera estuvieron representadas

las distintas comunidades costarricenses en las diferentes batallas ocurridas por efecto de la guerra. Así, de esas tres primeras partes, lo único “nuevo” postulado por el autor es la constatación del porcentaje de costarricenses que pelearon contra los filibusteros: menos del 4% de la población. Al respecto, Arias Sánchez plantea que:

“El apoyo popular a la causa promovida por el Gobierno de la República tenía su sustento en el decidido apoyo de la iglesia católica, por lo que es más que seguro que fueron muchos cientos o miles los aspirantes a ser soldado, pero sólo quienes tenían instrucción militar, eran solteros, casados sin hijos o viudos, resultaron aceptados en las fuerzas armadas que se preparaban para ir a combatir al filibusterismo afincado en Nicaragua. Es muy probable que también se dieran situaciones de hombres que pensaban más en el sustento de sus familias que en el futuro de su patria; o bien debido a razones de orden cultural, ya que la mayor parte del pueblo era completamente analfabeta, lo que significa que muchos no alcanzaban a comprender plenamente el alcance ni las implicaciones del conflicto que estaba por envolver al país”.<sup>75</sup>

Lamentablemente, lo anterior son básicamente hipótesis que Arias Sánchez no logra probar ni desestimar sino sólo proponer. Lo mismo ocurre con su cuestionamiento a la actuación militar de Francisca Carrasco, en donde el autor propone las posibles razones de por qué Carrasco habría exagerado su papel en la guerra, pero sin dar evidencia que las sustente.<sup>76</sup> Así, el más importante aporte del libro de Arias Sánchez es la lista de los nombres de los soldados costarricenses que se desplazaron a luchar contra Walker quienes están también ubicados de acuerdo a su comunidad de procedencia.<sup>77</sup> Como ha indicado Iván Molina, esa base de nombres “puede ser utilizada por otros investigadores para examinar el trasfondo social y cultural de las fuerzas costarricenses a partir de estudios prosopográficos y de redes sociales”.<sup>78</sup>

Otros trabajos publicados en el contexto del sesquicentenario alentaron la visión nacionalista. Entre ellos, se pueden destacar un conjunto de ensayos escritos por el biólogo Luko Hilje, quien a su vez publicó una biografía del alemán Carl Hoffmann quien jugó un papel muy importante como cirujano mayor de las tropas costarricenses y como observador de la naturaleza del país.<sup>79</sup> A los estudios de Hilje, finalmente, se le unieron la re-impresión de varios textos y documentos referentes a la guerra contra los filibusteros.<sup>80</sup> El perfil de esos trabajos es el mismo denotado hasta el momento: la recuperación de la Campaña Nacional como el evento cumbre de la identidad nacional costarricense. Paralelo a ellos, empero, aparecieron otros análisis que problematizan de otra forma tanto el contexto en que se produjo la guerra contra Walker como la manera en que se enfrentan al discurso de recuperación nacionalista de esa lucha.

## Los estudios críticos

En el 2004 apareció un libro de Carmen Fallas Santana titulado *Elite, negocios y política en Costa Rica 1849-1859*, el cual podría considerarse un antecedente importante de la discusión historiográfica generada en el contexto del sesquicentenario.<sup>81</sup> El trabajo de Fallas constituye una traducción al español de su tesis doctoral defendida en la Universidad de California en Los Ángeles en 1988 y está integrado por seis capítulos.<sup>82</sup> Se trata de

un estudio que pone énfasis en las administraciones de Juan Rafael Mora Porras, explorando las relaciones político-económicas de la élite costarricense, la carrera política de Mora Porras y la forma en que se inserta en el juego de poder tal y como se había definido hacia la década de 1850, los procesos de fortificación y centralización del Estado, el impacto de la guerra antifilibustera en las esferas políticas, los conflictos generados por Mora al interior de esos grupos y la manera en que el golpe de Estado de 1859 y el fusilamiento de Mora en 1860, rompieron los principios que regían las relaciones de la élite cafetalera costarricense y volvieron fundamental una explicación que permitiera justificar el rompimiento de la cultura política que se había ido configurando desde la década de 1820. Fallas prueba certeramente cómo la élite costarricense, tanto el grupo de Mora Porras como sus opositores, utilizaron el Estado como una fuente de enriquecimiento personal, lo cual limitaba el crecimiento del poder estatal sobre esos grupos, así como su posible independencia de los mismos. Además, Fallas indica que el papel de los militares no fue el de supresor de las revueltas populares sino el de mediador en los conflictos de élite; luchas en las que actuaron como subordinados y no como dueños del poder.<sup>83</sup> Lamentablemente, y en esto consiste la principal crítica que se le puede hacer a este estudio, al traducir su trabajo Fallas evitó actualizar su marco teórico dejando de lado las discusiones sobre la construcción cultural e institucional del Estado<sup>84</sup> y, todavía más importante, descartó incorporar una muy importante serie de análisis sobre la política, las elecciones, la identidad nacional y el desarrollo histórico del Estado costarricense que se publicaron en perpendicularidad o con posterioridad a su estudio.<sup>85</sup>

A comienzos del 2005, la Municipalidad de Alajuela se puso en contacto con el historiador Iván Molina Jiménez con el objetivo de organizar un ciclo de conferencias. Molina aceptó la propuesta sugiriéndole a los organizadores que las charlas se centraran no en los eventos militares “bastante conocidos por el público no especialista”, sino en temas vinculados con los años 1856-1857 en los campos de la cultura, la economía y la sociedad, explicando este énfasis “porque ha sido en tales áreas donde la investigación histórica, efectuada en las últimas dos décadas, ha experimentado mayores avances, por lo cual valía la pena aprovechar la conmemoración del sesquicentenario para difundir esos aportes”. En el 2007 Molina editó el libro que reunía las conferencias señaladas, con el objetivo “de presentar a un público no especialista cómo era la Costa Rica de mediados del siglo XIX”.<sup>86</sup> El trabajo resultante fue titulado: *Industriosa y sobria: Costa Rica en los días de la Campaña Nacional (1856-1857)*. En él aparecen cinco ensayos escritos por Molina, Eugenia Rodríguez, Silvia Castro, Patricia Vega y Steven Palmer. Debido al formato y la narrativa de este trabajo existen muchas posibilidades de que, por fin, se logre llevar a una población más amplia una visión más compleja sobre la Costa Rica que enfrentó a Walker.

En el primer artículo, escrito por Iván Molina y titulado “Época de profundos cambios: Costa Rica (1821-1849)”, se sintetizan y actualizan algunas de las ideas de la primera parte de un libro que Molina publicó en 1991 y que es hoy un verdadero clásico.<sup>87</sup> Molina nos rescata la pluralidad de experiencias, transformaciones y continuidades que ocurren en Costa Rica en el ocaso del periodo colonial y las primeras décadas del siglo XIX. Se trata de un mundo colonial que en cuestión de treinta años se convierte a la modernidad. El motor de ese cambio es el café, que ya para la época de Juan Rafael Mora ha conectado a



Costa Rica con el mundo y ha acaparado los esfuerzos de producción. Pero lo más importante de este ensayo es que nos devuelve la complejidad de esa sociedad. Así, la Costa Rica que heredó el gobierno de Mora Porras (1849-1859) es piadosa, aparentemente devota en su catolicismo y con ciertos patrones culturales que invitan a la conjunción y que posibilitan el enfrentamiento a los localismos tan fuertes en las décadas de 1820 y 1830. Estas características confluyen muy bien con una estructura económica que, debido a elementos puramente objetivos como el tamaño de la población, posibilitan el acceso de los campesinos pobres a una vida muy distinta a la de sus pares en otras partes de Latinoamérica. Sin embargo, no es un mundo unificado y los protonacionalismos que se presentan se encuentran limitados por una creciente tendencia a imposibilitar el acceso a la ciudadanía; tendencia que el gobierno de Juan Rafael Mora fortifica.

En el segundo ensayo, titulado “Crisis económica, catástrofe demográfica y guerra (1850-1860)”, Eugenia Rodríguez recupera los principales hallazgos de su tesis de maestría presentada en la Universidad de Costa Rica en 1988.<sup>88</sup> Rodríguez apunta que el segundo lustro de la década de 1850 no es sólo el de la guerra; es también testigo de una profunda crisis económica y fiscal (1856-1859), una crisis cafetalera (1858) y una catástrofe demográfica. Este trabajo nos muestra certeramente las maneras en que se enfrentaron esas crisis, dejando testimonio de que los actos de heroísmo y los sacrificios no estuvieron solamente en el frente de guerra. Es justamente al analizar esos actos en donde hay unos pestaños de la ahora historiadora de género frente a su pasado de historiadora de lo económico. Rodríguez propone una serie de premisas, a veces hipótesis, sobre el impacto de las crisis indicadas en la familia, los roles de género y el papel de los niños. Al hacerlo, da muchas pistas y preguntas para futuras investigaciones.

En el tercer artículo, titulado “Los campesinos y la política agraria en la década de 1850”, se analiza el impacto de la privatización de la tierra. Silvia Castro rescata en este ensayo sus valiosos estudios al respecto, los cuales habían quedado expuestos en su tesis de maestría.<sup>89</sup> Castro muestra muy bien cómo este proceso de privatización generó múltiples conflictos en el Valle Central. Esto fue así porque hacia la década de 1850 la tenencia colectiva de ciertas tierras era todavía uno de los principales valores de esta sociedad costarricense y jugaba un papel fundamental en el diario vivir, especialmente en el de los campesinos pobres. La privatización de tierras impulsada por el Estado arremete contra esa práctica y se lleva adelante beneficiando a unos y dejando en una mala posición a otros. Pero fue evidente para muchos campesinos pobres que varios de los principales beneficiados del proceso fueron gente vinculada al gobierno, incluyendo al mismo Mora Porras. Hay un muy interesante vínculo entre esos campesinos molestos con la aplicación de las políticas agrarias y el posible apoyo al golpe de Estado de 1859. También es interesante que en el lenguaje utilizado por los campesinos de Turrucare en su comunicación con el presidente José María Montealegre después del golpe, hablan de “opresión” para referirse a la década de Mora Porras.

Con el título “Consumo y diversiones públicas en Costa Rica (1850-1859)”, Patricia Vega recobra y actualiza muchos de sus desvelos investigativos en las últimas dos décadas, los cuales van desde el estudio de la prensa, a la construcción de la esfera pública y el análisis del consumo.<sup>90</sup> Así, asistimos de la mano de Vega a una vitrina para admirar los deseos de distinción de la Costa Rica de mitad del siglo XIX. El análisis del consumo

de vestidos, sombreros, zapatos, muebles, jamones, vinos, clases de música, en fin... todo aquello que permitiera construir una distinción de clase, de género y de edad se realiza enmarcado dentro de una visión que pretende precisar el impacto socio-cultural de ese proceso. El resultado, según Vega, es una cultura híbrida que posee elementos extranjeros y nacionales en su accionar.

El último artículo de este libro se escapa de la década de 1850. Avanza treinta años más para observar la manera en que Juan Santamaría fue inventado como héroe nacional por los liberales costarricenses. Este capítulo, no es una repetición de lo que Steven Palmer había apuntado en otros de sus trabajos en el pasado;<sup>91</sup> estudios, por cierto, cuyo impacto podría considerarse una de las más importantes renovaciones de la historiografía costarricense en las dos últimas décadas.<sup>92</sup> Hay en este ensayo un nuevo intento por historizar la recuperación del héroe nacional, ya que Palmer discute directamente con la principal historiografía que al respecto –y como reacción a su tesis inicial– se produjo en Costa Rica en los últimos quince años.<sup>93</sup> Palmer recupera su idea de que la invención de la nacionalidad costarricense se produce en un proceso de corta duración y con un referente de peligro claro: la amenaza del dictador guatemalteco Justo Rufino Barrios de unificar Centroamérica a la fuerza en 1885. Es en ese contexto, según este autor, que los liberales costarricenses recuperan la figura de Juan Santamaría y las imágenes de la Campaña Nacional como segunda independencia de Costa Rica, lloviendo sobre las clases populares con ese discurso con el fin de movilizarlas contra el ejército guatemalteco. Una de las nuevas ideas, y a su vez una de las más atractivas tesis de este ensayo, es que parece ser que la nacionalización de la imagen del soldado-tambor corresponde a una “conspiración” de una cúpula del gobierno proveniente de Alajuela. De acuerdo con Palmer, “en reunión de gabinete, los alajuelenses que dominaban la cúpula política y militar decidieron hacer del héroe local el prototipo del héroe nacional, publicar el artículo de su amigo Álvaro –Contreras– en los periódicos nacionales que controlaban y, por ese medio, buscar una identificación de toda la población con Santamaría, para después llamar a los sectores populares a las armas”.<sup>94</sup> Esta afirmación, sin embargo, se realiza fundamentalmente como un presentimiento y necesita una mejor defensa documental para poder dejar de ser una buena hipótesis. Finalmente, Palmer insiste en subrayar la capacidad de los liberales decimonónicos de consolidar un nacionalismo burgués con un profundo eco en las clases populares de forma tan temprana.

En el 2006 Rafael Méndez publicó un libro cuya base fue su tesis de licenciatura en Historia, presentada en la Universidad Nacional en 1993.<sup>95</sup> Este estudio, basado en una extensa y plural investigación de fuentes primarias, criticó varias de las ideas de Palmer fundamentalmente en lo referente a la forma en que se había construido la figura del héroe, probando la existencia en Alajuela de una tradición de recuerdo de la quema del Mesón de Guerra antes de 1885 y extendiendo el análisis de la popularización de la figura del héroe nacional hasta la oficialización de su fiesta en 1915.<sup>96</sup> Además, Méndez descubrió nuevas evidencias sobre la vida de Santamaría como las declaraciones de 11 soldados acerca de su relación con el tambor alajuelense y, lo que él llama “la partida de defunción más soñada por los estudiosos del héroe”, un listado de los fallecidos en abril y mayo de 1856, elaborado por la Secretaría de Guerra, en el que figura un Juan Santamaría. Gracias a este último hallazgo, Méndez afirmó enfáticamente que se terminaba con

“[...] la extensa polémica creada por el acta de defunción del “Libro” de Calvo [el *Libro de Defunciones*]. Si Eladio Prado primero y Oscar Chacón luego, demostraron que entre 1855 y 1856 –según documentos oficiales–, existían cerca de cinco o seis personas con ese nombre [Juan Santamaría] en la batalla del 11 de abril de 1856, obvio resulta que uno de ellos fue quien murió del cólera, el otro quien dio fuego al mesón y los restantes salieron ilesos de la batalla. No existe testimonio alguno (actas de defunción, solicitudes de pensión o algo por el estilo), que contemple que los tres o cuatro restantes hayan muerto en combate o hayan solicitado ayudas o pensiones por invalidez, vejez o extrema pobreza”.<sup>97</sup>

El conjunto de nuevos documentos localizados por Méndez constituyó un importante aporte en la discusión sobre Juan Santamaría en el contexto del sesquicentenario.<sup>98</sup> Su autor sin embargo, no participó públicamente en la polémica originada en mayo del 2007 por la publicación de un artículo de Iván Molina en la prensa nacional. Pero antes de entrar en esa discusión, conviene primero apuntar que existen dos trabajos historiográficos más que se desarrollaron en el contexto del sesquicentenario y que al escribir estas líneas no han visto todavía la luz pública que otorga la prensa. Su importancia, empero, obliga a mencionar rápidamente la temática abordada por esas obras.

El primero de esos estudios fue escrito por Víctor Hugo Acuña Ortega y en un borrador de diciembre del 2006 aparece con el título “Vertientes del recuerdo. Historia y memoria de la guerra contra los filibusteros: Estados Unidos, Nicaragua y Costa Rica (siglos XIX-XXI)”. El objetivo fundamental del estudio de Acuña es “tratar de establecer la forma en que Estados Unidos, Nicaragua y Costa Rica han construido, mediante una serie de representaciones, la memoria de la guerra de 1855-1857 y como dichas representaciones han evolucionado a lo largo del último siglo y medio”; de allí que Acuña realiza “una historia de la memoria de la guerra contra los filibusteros en estos tres países, tal y como puede ser aprehendida en sus respectivas historiografías”.<sup>99</sup> Así, desde una perspectiva de análisis que pone acento en la memoria de la guerra tal y como es creada y recreada a través del tiempo, en el capítulo 1 Acuña se interna en el estudio de la historiografía estadounidense en el periodo 1856-2006, en el capítulo 2, profundiza en las obras de la historiografía nicaragüense sobre la lucha antifilibustera en el periodo 1865-2006, mientras que el trabajo cierra con un capítulo dedicado a la historiografía costarricense en un periodo que va de 1888 hasta el presente.

El segundo trabajo al que me refiero está editado por Acuña Ortega con un título que revela su origen: “Memoria: Simposio Internacional Filibusterismo y Destino Manifiesto en las Américas”. Se trata entonces de los estudios presentados a ese simposio organizado en la sede de la Universidad de Costa Rica en Liberia, Guanacaste, del 2 al 4 de mayo de 2007. En este texto se reúnen las investigaciones de Carlos Granados, Frances Kinloch, Luis Fernando Sibaja, Aims McGuinness, Carmen María Fallas Santana, Antonio Rafael de la Cova, Michel Gobat, Justin Wolfe, Carmela Velásquez, Ana María Botey, Carlos Gregorio López, Víctor Hugo Acuña, Amy S. Greenberg, Raúl Piedra, Werner Korte Núñez, Elizet Payne y Denia González de Reufels. Los trabajos de estos investigadores aparecen divididos en tres grupos, a saber: “Primera parte: hacia una historia global del filibusterismo”, “Segunda parte: por una historia cultural del filibusterismo” y “Tercera parte: historias, memorias, identidades y filibusterismo”. Se trata, por tanto, de un libro cuya variedad de análisis y perspectivas harán que se convierta rápidamente en una obra

fundamental para los trabajos sobre filibusterismo a nivel continental. Como indica Acuña al final de su introducción a la memoria:

“[...] las ponencias presentadas en el Simposio Internacional Filibusterismo y Destino Manifiesto en las Américas son una muestra de los nuevos enfoques y de las nuevas problemáticas del cual está siendo objeto el estudio del filibusterismo. Así, se podría sintetizar esta realidad diciendo que el estudio del filibusterismo en la actualidad ha logrado superar el estrecho marco espacial de las historias nacionales, ha podido ir más allá de la tradicional historia política y militar y, por último, por la vía del estudio del análisis de las memorias nacionales, ha logrado construir una perspectiva crítica y desmitificadora de las versiones dominantes en las distintas historiografías en relación con esta temática. En última instancia el estudio del filibusterismo es el estudio del exitoso proceso de construcción imperial de Estados Unidos y del dificultoso proceso de construcción nacional estatal en Hispanoamérica, cuestiones que, como es evidente, conservan gran vigencia en el presente”.<sup>100</sup>

### La polémica del sesquicentenario

El 12 de mayo del 2007 el historiador Iván Molina Jiménez publicó un artículo titulado “Nuevos libros, vieja historia” en la sección de opinión del periódico costarricense *La Nación*. En él, al reseñar los libros de Armando Vargas, Juan Rafael Quesada y Raúl Arias y compararlos con las importantes transformaciones atravesadas por la historiografía costarricense después de 1970, Molina afirmó que: “Pese a los datos nuevos que aportan –en particular, los de Vargas y Arias Sánchez–, esos tres libros representan un paso atrás en relación con la profesionalización del estudio del pasado”.<sup>101</sup> Básicamente, Molina acusaba a los autores indicados de volver a una historia política antigua, sumamente descriptiva, centrada en los grandes hombres, que dejaba de lado la evidencia que contravenía sus ideas y que evitaba debatir directamente con los investigadores que la habían precedido.

La reacción al artículo de Molina no se hizo esperar. Empero, los criticados centraron sus reacciones en dos elementos básicos: 1. En decir que la crítica de Molina no era académica sino que tenía otros motivos y 2. En repetir los argumentos centrales de los textos citados pero sin responder los cuestionamientos centrales planteados por Molina. Así, Vargas Araya dijo que el artículo de Molina estaba lleno de “insinuaciones malévolas”, era “visceral”, buscaba una “censura” y pretendía “monopolizar la verdad histórica”. Por su parte, Juan Rafael Quesada desestimó que el texto de Molina se hiciera como parte de un “ejercicio de crítica académica”, dando a entender que las motivaciones del autor eran causadas por “razones de otra naturaleza” y pertenecientes a “un espíritu propio de nuevo Olimpo (académico)” y cargado con “cierto aroma macartista”.<sup>102</sup>

En vista de la respuesta recibida, el debate se llevó a las páginas de la sección cultural *Áncora* del periódico *La Nación*. Primeramente, un día después de que se publicó la crítica de Molina, Víctor Hugo Acuña presentó un artículo sobre la forma en que William Walker era recordado por las historiografías estadounidense, nicaragüense y costarricense. Este texto podría catalogarse como parte de una rama de la discusión historiográfica que tendía a problematizar las representaciones nacionales que se habían hecho de las



figuras participantes de la guerra antifilibustera a través del tiempo. Pero Acuña agregó un elemento final a su trabajo que tendió a unir el pasado y el presente:

“Es urgente preguntarse no cómo celebraremos el bicentenario de la guerra en el año 2056, sino si Costa Rica, Nicaragua o cualquier país centroamericano existirá entonces como Estado-nación. Quienes conmemoraron el centenario de la guerra tenían la certeza de la futura existencia de estos países; por el contrario, quienes hoy vivimos el sesquicentenario ya no tenemos la misma seguridad.

Por eso no parece fácil responder la pregunta sobre cómo recordar, estudiar y enseñar la guerra contra los filibusteros en este aniversario sin pensar en responder esa misma pregunta en futuros aniversarios”.<sup>103</sup>

Las dudas de Acuña venían a recordar el contexto en que ocurría el recuerdo del sesquicentenario. La opinión pública se encontraba dividida, básicamente, en dos grupos: quienes apoyaban la aprobación del TLC con los Estados Unidos y quienes la adversaban. Esta división se volvió más intensa cuando el Tribunal Supremo de Elecciones, el 12 de julio del 2007, convocó oficialmente a un referéndum para decidir la suerte del tratado.<sup>104</sup> No obstante, los ánimos ya estaban caldeados desde principios del 2007, cuando el grupo opositor al TLC había llenado las calles de San José en una multitudinaria marcha y, aunque limitados en el acceso a los medios de comunicación de masa, los líderes de este grupo comenzaron a apoyar la organización de un conjunto cada vez mayor de “comités patrióticos” que llevaron a lo largo del país las críticas al acuerdo comercial.<sup>105</sup> Desde el 2006 además, una parte de los grupos del NO al TLC había comenzado a utilizar las imágenes relacionadas con la Campaña Nacional de 1856-1857 para enfrentar el tratado. Así, Juan Rafael Mora Porras, Juan Santamaría, Francisca Carrasco y otros héroes fueron integrados imaginariamente en la lucha contra el acuerdo, mientras que las proclamas emprendidas por Mora Porras en 1856 para convocar a los costarricenses a la guerra, fueron recuperadas para llamar al pueblo costarricense a luchar contra el TLC, el cual comenzó a ser interpretado como una nueva amenaza a la soberanía nacional, parecida a la representada por William Walker en el siglo XIX.<sup>106</sup> Esa interpretación afectó la visión del pasado hasta convertirla en una idea que exponía que los Estados Unidos habían apoyado a William Walker y a sus filibusteros desde el principio de su “invasión” a Nicaragua en 1855 y que esa actitud fue sostenida también por quintacolumnistas o traidores a la patria al interior de Costa Rica. Luego, al observar el presente, los opositores al tratado miraban a los Estados Unidos movidos de nuevo por la Doctrina del Destino Manifiesto, la cual tomaba ahora la forma de TLC. En esa división tan tajante, la crítica interna del grupo del NO-TLC, mucho más heterogéneo que el del SÍ, tendió a cerrar filas, por lo que todo aquello que se interpretaba como nocivo para la causa del NO, era considerado aliado del SÍ y, actualizando las representaciones del pasado, como filibusterismo, quintacolumnismo y traición a la patria.

En medio de este debate, apareció un texto de Molina en las página de *Áncora* en las que planteaba que existía una “versión extrema” de “la llegada de Walker a Centroamérica, según la cual su arribo es entendido como una invasión derivada de la Doctrina Monroe y del Destino Manifiesto, y, por tanto, un ejemplo más del expansionismo territorial de Estados Unidos”. Molina indicó que en esa versión, “el proyecto final de Walker, tácitamente

apoyado por el gobierno estadounidense, era convertir a todo el istmo en una república esclavista, la cual sería expandida al Caribe para incluir a Cuba. De este proyectado ‘imperio’, Walker sería el ‘dictador’”. Inmediatamente, Molina procedió a cuestionar esa versión, prestando atención a la situación interna de Nicaragua que es al fin de cuentas la que atrae a Walker a ese país y, basado en el trabajo de Robert E. May, sentenció que “si bien hubo políticos estadounidenses que se identificaron con el proyecto de Walker, el gobierno federal verdaderamente procuró frenar las actividades de los filibusteros y, pese a sus limitados recursos, complicó bastante los planes de Walker”. Molina, además, puso en duda que el proyecto original de Walker fuera introducir la esclavitud en Nicaragua y también cuestionó la idea de que el filibustero pretendía conquistar Costa Rica después de asegurar su poder sobre el vecino del norte.<sup>107</sup>

El artículo de Molina, que podría entenderse como una reacción a un artículo que en *Áncora* había publicado Juan Rafael Quesada el 6 de mayo del 2007,<sup>108</sup> recibió una especie de respuesta de parte de Vargas Araya unas semanas después. En su trabajo, Vargas Araya sostuvo que:

“La laxitud de Washington ante Walker, la reacción airada ante la Costa Rica que se da a respetar, la discrepancia con el Reino Unido por la venta de las armas, el reconocimiento diplomático al régimen filibustero, el salvamento providencial del bucanero vencido, son indicios claros y concordantes de que los Estados Unidos van mucho más allá de una simple tolerancia.

No hace falta un contrato de conquista para descifrar quién respalda a Walker. Los patriotas Molina, Calvo, Segura o Marie no necesitan examinar un papel para comprenderlo. Tampoco lo necesitan Lord Clarendon para que Londres determine que ‘los filibusteros ciertamente son apoyados por el Gobierno’ de Washington, ni el papa Pío IX para sindicarlos de ‘bandas de forajidos norteamericanos, cuyos principios y actos son antisociales, anticatólicos y antihumanos’.

Sorprende que, aún hoy, se propale que Walker fue —como quien dice— un chopo alquilado para dirimir un pleito entre nicaragüenses. La verdad es que el filibusterismo, el destino manifiesto y la ‘Joven América’ fueron el enemigo de Costa Rica”.<sup>109</sup>

La respuesta de Vargas Araya volvió a insistir en la evidencia del libro criticado por Molina y en evitar debatir acerca de las representaciones que, en el estilo de Acuña Ortega, era posible identificar en muchas citas hechas a posteriori sobre la guerra antifilibustera. A la par de esta discusión, dos procesos conjuntos aumentaron el debate: primero, la incorporación del historiador estadounidense Lowell Gudmundson a la contienda y, segundo, la extensión de la discusión a otros medios de comunicación y a la Internet.

El 3 de junio del 2007 Gudmundson publicó un artículo titulado “Walker, los ‘buenos’ y los ‘malos’”, en el que realizó una revisión de la afirmación de Molina de que el gobierno estadounidense no apoyó oficialmente los esfuerzos del filibusterismo en Nicaragua. La crítica de Gudmundson se basó entonces en construir un paralelismo entre lo que ocurría en 1856-1857 y la actitud hipócrita y engañosa de la política exterior de Estados Unidos hacia América Latina durante algunos eventos importantes del periodo de la Guerra Fría. Luego Gudmundson vuelve su atención sobre los trabajos de Quesada Camacho y Vargas Araya e indica que:

“[...] el nacionalismo heroico, romántico y a veces simplista de los escritos de Quesada y de Vargas puede ser comprensible y hasta loable en la situación actual con un nuevo filibusterismo, esta vez plenamente oficial de parte del Gobierno norteamericano en Iraq, pero con una suerte tan deshonrosa como la de Walker. No obstante, es irónico que dichos autores procuren tapar el Sol con un dedo. En su afán por establecer comparaciones directas entre las amenazas que ven en el TLC actual y el filibusterismo decimonónico, no parecen reconocer que la presidencia de Juan Rafael Mora, su héroe, se identificó intensamente con la política económica liberal, el equivalente de un TLC.

... Los futuros lectores estarían con pleno derecho de cambiar el orden de las palabras bueno y malo, basados exclusivamente en sus convicciones ideológicas, al igual que con la figura de Mora Porras actualmente. La polémica podría ser interesante, pero, en el mundo real, los buenos y los malos no se alinean en forma tan complaciente y simple: héroes y sus fieles seguidores por acá, villanos y sátrapas por allá.

No reduzcamos la historia a las moralejas de un nacionalismo añejo, ni a un casuismo documental que contribuiría a la popularidad de su mensaje en tiempos de marcada polarización como el actual”.<sup>110</sup>

El análisis de Gudmundson, aunque errado al decir que los libros de Quesada y Vargas Araya hacían comparaciones entre el filibusterismo del siglo XIX y el TLC, respondía de esa manera a la ruta que, principalmente en la Internet, había tomado el debate original producido por la crítica de Molina. En efecto, especialmente en el portal electrónico [www.tribunademocratica.com](http://www.tribunademocratica.com) –un sitio que en la reproducción de artículos publicados en la prensa diaria costarricense parecía que se había identificado con la lucha del NO-TLC–, los comentarios de Molina fueron recibidos con fuerza. De ellos, la crítica original se caricaturizó y se redujo a la visión de que lo planteado por Molina era un cuestionamiento a Juan Rafael Mora Porras. Así, el 25 de mayo del 2007, en *Tribuna Democrática*, Rogelio Ramos Valverde publicó un artículo en el que condenó la actitud de “algunos historiadores” de dejar de lado a los “actores principales” de los procesos históricos, esto es, a los grandes hombres. Después de denunciar cómo, según él, eso pasaba con respecto a líderes históricos en Europa y América, Ramos Valverde la emprende contra el origen de la disputa:

“Y lo propio pasa en Costa Rica con la gesta de don Juan Rafael Mora. No podía faltar el portaestandarte de esa escuela, don Iván Molina, para distorsionar el cuadro de la campaña nacional y su líder epónimo, el preclaro don Juanito. Pero son cachiflines tirados al aire sin otra respuesta que los estertores de 150 años de ocultar al país la dimensión extraordinaria de Mora Porras, rescatada en el libro de Armando Vargas Araya. Se quedará rumiando su desventura”.<sup>111</sup>

Al artículo de Ramos Valverde, pronto, el 29 de mayo, se le unió uno de Mario Loaiza en el que los “algunos historiadores” fueron ahora identificados como “pseudohistoriadores” que tergiversaban la historia, para “poner en duda la honorabilidad de personajes que formaron parte de los acontecimientos históricos en la gesta de 1856, y específicamente han puesto en titubeo la actitud valiente y patriótica del ex presidente de la República Juan Rafael Mora Porras”.<sup>112</sup>

Los artículos de Ramos Valverde y Loaiza muestran bien la manera en que se alteró por completo el sentido de las críticas hechas a los libros de Quesada Camacho, Vargas Araya y Arias Sánchez. De esa forma, la polémica comenzó a plantearse en términos de héroes y anti-héroes, buenos y malos —lo que explica el artículo esclarecedor al respecto de Gudmundson—, patriotas y anti-patriotas. Al llegar a esa dimensión, la discusión se alejó por completo de los cuestionamientos originales de Molina que venían de una comparación entre la historia que se había hecho en Costa Rica hasta 1970 y la que se comenzó a hacer en esa década. No obstante, al alterarse el sentido original de la discusión, fue más sencillo para quienes reaccionaban sin un conocimiento claro de las herramientas metodológicas, teóricas y analíticas que habían transformado la historiografía costarricense, enfrentar a Molina. En otras palabras, el público no especialista y, además, politizado por el contexto de lucha contra el TLC, la emprendió contra Molina con base en comentarios puramente valorativos, nacionalistas y subjetivos, llegando incluso a decir que posiblemente Molina “recibió o recibirá próximamente algún ‘premiécito’ de parte del Gobierno”.<sup>113</sup> El que esa politización y simplificación ocurriera no es extraño, ya que los autores criticados evadieron concentrarse en los cuestionamientos originales. Sí es extraño en cambio, que un historiador profesional como Juan Rafael Quesada, en su reacción al artículo de Gudmundson, lo calificara de ser un “buen ciudadano-patriota estadounidense”, como si el historiador norteamericano hubiese escrito su artículo a partir de una defensa del discurso nacionalista del país en el que nació.<sup>114</sup> En la práctica, ese tipo de comentarios fue lo que evitó que la polémica llegara a un nivel de discusión estrictamente académica.

Frente a esta personalización de la discusión, Molina continuó proponiendo un debate sobre, a su juicio, las debilidades metodológicas de la obra de Vargas Araya y sobre las representaciones históricas de la Campaña Nacional.<sup>115</sup> Acerca de esto último, Molina publicó un artículo titulado “La invención de Juan R. Mora” el 10 de junio del 2007, en el que planteaba un examen de la manera en que Mora Porras había sido inventado y reinventado por una serie de intelectuales costarricenses desde finales del siglo XIX.<sup>116</sup> Algo parecido hizo Gudmundson unas semanas después con las figuras de Abraham Lincoln y Benito Juárez. El interés de este historiador en esa ocasión, sin embargo, fue recalcar los procesos de creación de memoria que se encuentran detrás de las figuras oficiales y de los héroes nacionales. Por eso, las líneas finales de ese trabajo de Gudmundson pretendían alertar a un público más amplio acerca de la artificialidad detrás de los discursos sobre los héroes al afirmar que:

“La vida útil de los héroes apenas comienza con su muerte. Desde tiempos de los romanos y de los aztecas, el sacerdocio del oficialismo ha entendido que, para asegurar el dominio sobre sus opositores, primero hay que secuestrar a sus dioses.

El nuevo sacerdocio de los Estados seculares, la ‘intelligentsia’, siempre ha hecho lo mismo con los héroes. Por más genuino que sea el fervor popular tras la figura de cualquier héroe, el oficialismo cuenta con muchísimo mayores recursos y tiempo histórico para moldearlo a su gusto.

Por ello, es mejor tener conciencia de los ideales que cada cual decida defender en su propio momento histórico sin confundirlos con las personas. Los ideales siempre presentan mayores obstáculos a los secuestradores oficialistas.



Con los ideales en alto, los pueblos sin héroes no han de ser huérfanos, sino más sensatos y menos susceptibles al secuestro de la memoria histórica”.<sup>117</sup>

El trabajo de Gudmundson, sin proponérselo, dio por cerrada la polémica iniciada por Molina. Esto ocurrió así quizás por la cercanía del referéndum para decidir el futuro del TLC y porque, al menos verbalmente, se había decidido organizar, hacia el mes de agosto del 2007, una mesa redonda en la que participarían las mayoría de autores involucrados en la polémica reseñada. Esa mesa nunca se realizó y la lucha en las páginas de los periódicos y los sitios de Internet se diluyó.

## Conclusión

La polémica del sesquicentenario parece haber dejado claro la importancia que tienen las efemérides y los contextos en que ocurren, para la discusión pública de la historia. No obstante, también evidenció que pocos historiadores profesionales están dispuestos a discutir los resultados de sus investigaciones, en un espacio más amplio que el especializado. Por otro lado, el debate público sobre la Campaña Nacional también dejó ver las dificultades que existen en los intercambios entre especialistas formados bajo un instrumental teórico-metodológico de la historia y los escritores y público en general que ignoran esas herramientas. En ese sentido, la conmemoración indicada también reveló la continuidad de un fuerte discurso histórico centrado en los grandes hombres, en la narrativa personalista y en destacar los mitos del nacionalismo costarricense decimonónico.

Eso último queda manifiesto no sólo en la polémica reseñada, sino en los libros criticados al inicio de este artículo. Esos trabajos se destacan por recuperar una tradición historiográfica que ponía el acento del estudio del pasado en discursos históricos que permitieran afirmar las imágenes oficiales y nacionalistas del ser costarricense. Al emprender esa tarea sin embargo, los autores citados han dejado de discutir directamente con quienes han enfrentado esa tradición, con lo cual se ha desaprovechado la oportunidad de entablar una discusión amplia sobre el proceso de construcción/invencción de la nación costarricense. Ojalá esta reseña crítica obligue a los historiadores mencionados a emprender esa tarea, la cual se torna fundamental para que la historiografía costarricense continúe por los mejores caminos inaugurados en la década de 1970.

## Notas

1. Steven Palmer, *A Liberal Discipline: Inventing Nations in Guatemala and Costa Rica* (New York: PhD Dissertation Columbia University, 1990), 156-171; Patricia Fumero, *El Monumento Nacional. Fiesta y develización setiembre de 1895* (Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 1998); David Díaz Arias, *La fiesta de la independencia en Costa Rica, 1821-1921* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2007), 109-136.
2. David Díaz Arias, *Historia del 11 de abril: Juan Santamaría entre el pasado y el presente (1915-2006)* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2006).
3. En el 2006 la fiesta a Juan Santamaría se celebró el 7 de abril, tomando como excusa que el 11 caía dentro de la Semana Santa. Ministerio de Educación Pública, “Circular No. DM-8665-10. Calendario escolar 2006”, *La Gaceta*, 17 de noviembre del 2005. “Desaparecieron minifaldas en desfile del 11 de abril”, *Diario Extra*, 8 de abril del 2006;

“Correos emite estampillas en honor del héroe nacional”, *Diario Extra*, 17 de abril del 2006. “Alajuela celebró hazaña de Juan Santamaría”, *La Nación*, 8 de abril del 2006; “Alajuela vibró por el soldado Juan”, *Diario Extra*, 12 de abril del 2007.

4. Iván Molina y Steven Palmer (editores), *The Costa Rica Reader: History, Culture, Politics* (Durham: Duke University Press, 2004), 319-363.
5. Las fiestas alteradas fueron el 11 de abril, el 25 de julio, el 15 de agosto y el 12 de octubre. Ismael Venegas, “Días feriados se disfrutarán los lunes”, *La Nación*, 18 de marzo del 2005; Carlos A. Villalobos, “Rige cambio en cuatro feriados”, *La Nación*, 10 de mayo del 2005. En el 2006 hubo un intento por acabar con la reforma, al menos en lo que atañe a la celebración del día de la anexión del Partido de Nicoya, pero no fructificó. Ver: Rocío Pérez, “Reforma al artículo 148 del Código de Trabajo. Proyecto de diputados guanacastecos busca que 25 de julio se celebre ese día”, *La Prensa Libre*, 14 de junio del 2006; Irene Vizcaíno, “Nicoyano pide a la Sala IV no variar fecha de feriado”, *La Nación*, 19 de julio del 2006; Vanessa Loaiza e Ismael Venegas, “PLN propone derogar ley que trasladó días feriados”, *La Nación*, 23 de julio del 2006, Irene Vizcaíno, “Rechazada acción por 25 de julio”, *La Nación*, 29 de julio del 2006.
6. Díaz Arias, *Historia del 11 de abril...*, 37-56.
7. Iván Molina Jiménez, “La Campaña Nacional (1856-1857): investigación histórica y producción literaria”, en: *Ibid* y David Díaz Arias, *La Campaña Nacional (1856-1857): historiografía, literatura y memoria* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2008), 1-36.
8. Juan Rafael Quesada Camacho, *Clarín Patriótico: la guerra contra los filibusteros y la nacionalidad costarricense* (Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, Colegio de Licenciados y Profesores, 2006); Raúl Arias Sánchez, *Los soldados de la Campaña Nacional (1856-1857)* (San José: Editorial de la Universidad Estatal a Distancia, 2007); Armando Vargas Araya, *El lado oculto del presidente Mora* (San José: Editorial Juricentro, 2007).
9. Rodolfo Cerdas Cruz, “Prólogo”, en: Vargas Araya, *El lado oculto del presidente Mora*, 23.
10. Joseph Stalin, *Marxism and the National and Colonial Question: Selected Writings and Speeches* (New York: International Publishers, 1942), 8.
11. De la conferencia “¿Qué es una nación?” impartida por Renan en la Sorbona el 11 de marzo de 1882 se suele citar: “El olvido y yo diría el mismo error histórico, son un factor esencial de la formación de una nación y es por ello que el progreso de los estudios históricos es con frecuencia para la nacionalidad un peligro”. Sobre la crítica de Pi i Margall a la construcción de naciones, ver: Pierre Vilar, “Pensar históricamente”, en: *Ibid*, *La Historia* (México: Instituto Mora, 1992), 20-52, especialmente, 27. Sobre el intento de los republicanos barceloneses de construir un culto en torno a la figura de Pi i Margall a principios del siglo XX, ver: Stéphane Michonneau, *Barcelona: memòria i identitat. Monuments, commemoracions i mites* (Barcelona: Eumo Editorial, 2002), 205-210. Sobre la crítica anarquista a la nación en Europa, América Latina en general y Costa Rica en particular, ver: Lily Litvak, *Musa libertaria: artes, literatura y vida cultural del anarquismo español (1880-1913)* (Barcelona: Antoni Bosch, 1981); David Viñas, *Anarquistas en América Latina* (México: Editorial Katún, 1983); Juan Suriano, *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires 1890-1910* (Buenos Aires: Ediciones Manantial, 2001); Carlos Bermejo Martínez, *Roberto Brenes Mesén. Conductor e ideólogo de la Costa Rica de 1900 a 1947* (Heredia: Editorial de la Universidad Nacional, 2002); Gerardo Morales, *Cultura Oligárquica y Nueva Intelectualidad en Costa Rica: 1880-1914* (Heredia: Editorial de la Universidad Nacional, segunda reimpresión, 1995) y David Díaz Arias, “From Jóvenes Ácratas to Beneméritos: Anarchism and National Identity in Costa Rica, 1900-1977” (en prensa).
12. Antonio Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks* (New York: Internacional Publishers, 1971).
13. E. P. Thompson, *Tradición, revuelta y conciencia de clase* (Barcelona: Editorial Crítica, 1979); Eric Hobsbawm, *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera* (Barcelona: Editorial Crítica, 1987).
14. Raymond Williams, *Marxism and Literature* (New York: Oxford University Press, 1977).
15. Slavoj Žižek (compilador), *Ideología: un mapa de la cuestión* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2003).
16. Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* (London: Verso, 1991), originalmente publicado en 1983.

17. Para admirar la bibliografía respectiva (imposible de citar aquí) se pueden consultar los ensayos reunidos en: Richard Mole (editor), *Discursive Constructions of identity in European Politics* (New Cork: Palgrave Macmillan, 2007) y los libros de Anthony D. Smith, *The Ethnic Origins of Nation* (Massachusetts: Blackwell Publishers, 1999), 6-20 y 129-226, *Ibid*, *Nationalism and Modernism* (Londres; Routledge, 1998).
18. Solo por citar algunos pocos ejemplos y dejando de lado decenas de libros, artículos y tesis de doctorado de historia de Estados Unidos referentes a estas temáticas: David W. Blight, *Race and Reunion: The Civil War in American Memory* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 2001); Kirk Savage, *Standing Soldiers, Kneeling Slaves: Race, War, and Monument in Nineteenth-Century America* (Princeton, N.J.: Princeton University Press, 1997); Paul A. Shackel, *Memory in Black and White: Race, Commemoration, and the Post-bellum Landscape* (Walnut Creek, CA: Altamira Press, c2003); John Bodnar, *Remaking America: Public Memory, Commemoration, and Patriotism in the Twentieth Century* (Princeton: Princeton University Press, 1992); Nicholas Guyatt, *Providence and the Invention of the United States, 1607-1876* (New York: Cambridge University Press, 2007); Pauline Maier, *Inventing America: a History of the United States* (New York: W.W. Norton, 2003); Bruce Norman, *The Inventing of America* (New York: Tapingler Pub. Co., 1976); Mario Materassi, *The American Columbiad: Discovering America, Inventing the United States* (Amsterdam: VU University Press, 1996); Timothy Luke, *Museum politics: Power Plays at the Exhibition* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 2002); Daniel Wirls, *The Invention of the United States Senade* (Baltimore: John Hopkins University Press, 2004); James T. Campbell, *Race, Nation, and Empire in American History* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2007).
19. Eric Hobsbawm, *The Age of Revolution: 1789-1848* (New York: Vintage Books, 1996), 132-147, originalmente publicado en 1962; *Ibid*, *The Age of Capital: 1848-1875* (New York: Vintage Books, 1996), 82-97, originalmente publicado en 1975; *Ibid*, *The Age of Empire 1875-1914* (New York: Vintage Books, 1989), 142-164, originalmente publicado en 1987; *Ibid*, *Naciones y Nacionalismos desde 1780* (Barcelona: Editorial Crítica, 1991), 55-88; *Ibid* y Terence Ranger (editores), *The Invention of Tradition* (Cambridge: Cambridge University Press, 1992), 1-14 y 263-307.
20. Eric Hobsbawm, *Interesting Times: a Twentieth-Century Life* (New York: Pantheon Books, 2002), 127-410. Hobsbawm se identifica a sí mismo como un “unrepentant communist”.
21. Eric Hobsbawm, *On Empire: America, War, and Global Supremacy* (New York: Pantheon Books, 2008), *Ibid*, *Globalization, Democracy and Terrorism* (London: Little, Brown, 2007), *Ibid*, *On the Edge of the New Century* (New York: New York Press, 2000); *Ibid*, *The Age of Extremes: a History of the World, 1914-1991* (New York: Vintage Books, 1996), 558-585.
22. Eric Hershberg, “From Cold War Origins to a Model for Academic Internationalization: Latin American Studies at Crossroads”, en: *Disposition*, XXIII.50 (1998 (2000)), 117-131; Mark T. Berger, *Under Northern Eyes: Latin American Studies and U.S. Hegemony in the Americas 1898-1990* (Bloomington: Indiana University Press, 1995), 66-232; Gilbert M. Joseph, “Reclaiming ‘the Political’ at the Turn of the Millennium”; Emilia Viotti Da Costa, “New Publics, New Politics, New Histories: from Economic Reductionism to Cultural Reductionism-in Search of Dialectics”; Steve J. Stern, “Tragedy and Promise: the Politics of Writing Latin American History in the Late Twentieth-Century”; Daniel James, “Afterword: A Final Reflection on the Political” todos en: Gilbert M. Joseph (editor), *Reclaiming the Political in Latin American History: Essays from the North* (Durham: Duke University Press, 2001), 3-80 y 355-365.
23. Eric Hobsbawm, “La política de la identidad y la izquierda”, *Nexos*, 224 (agosto de 1996): 41-47.
24. Vargas Araya, *El lado oculto del presidente Mora*, 34.
25. *Ibid.*, 321-322.
26. *Ibid.*, 161-297.
27. *Ibid.*, 114. Carlos Gagini nació en 1865 por lo que su descripción de la salida de las tropas en 1856 no podría estar basada en su testimonio personal. Sobre el anuncio de un análisis de la novela de Gagini mencionada, ver: Andrea Solano B., “Juan Santamaría quemó el mesón por amor a una mujer”, *La Nación*, 9 de junio del 2008. La novela de Gagini fue publicada nuevamente por la Editorial de la Universidad Estatal a Distancia en el 2006.
28. Vargas Araya, *El lado oculto del presidente Mora*, 117.
29. *Ibid.*, 120, 142, 233-235, 248, 254 y 272 (nota 675).
30. Robert E. May, *Manifest Destiny's Underworld: Filibusterism in Antebellum America* (Chapel Hill: The University of North California Press, 2002).

31. Vargas Araya, *El lado oculto del presidente Mora*, 106 y 132. Rodolfo Cerdas comparte esa posición: “Por razones que se adivinan bien calculadas... durante décadas se subvaloró y hasta aldeanizó la histórica y brillante conducción política de la gesta antifilibustera del Presidente Mora, la cual, malévolamente, se redujo y opacó hasta hoy, por medio de semiverdades y mentiras enteras”, Cerdas, “Prólogo”, en: Vargas Araya, *El lado oculto del presidente Mora*, 20.
32. *Ibid.*, 45, 76 y 221.
33. *Ibid.*, 389-390.
34. *Ibid.*, 29.
35. *Ibid.*, 342-351.
36. François-Xavier Guerra, “Forms of Communication, Political Spaces, and Cultural Identities in the Creation of Spanish American Nations”, en: Sara Castro-Klarén y John Charles Chasteen (editores), *Beyond Imagined Communities: Reading and Writing the Nation in Nineteenth-Century Latin America* (Baltimore: John Hopkins University Press, 2003), 3-32.
37. David Brading, *Marmoreal Olympus: José Enrique Rodó and Spanish American Nationalism* (Centre of Latin American Studies, University of Cambridge: Working Papers No. 47); *Ibid.*, “Nacionalismo y Estado en Hispanoamérica”, en: varios autores, *Iberoamérica en el siglo XIX. Nacionalismo y dependencia* (Ediciones Eunate, 1995), 55-77. Nicola Miller, *In the Shadow of the State: Intellectuals and the Quest for National Identity in Twenty-Century Spanish America* (London: Verso, 1999); Julio Ramos, *Desencuentros de la Modernidad en América Latina: Literatura y Política en el siglo XIX* (México: FCE, 1989).
38. Jussi Pakkasvirta, *¿Un Continente, una nación? Intelectuales latinoamericanos, comunidad política y las revistas culturales en Costa Rica y en el Perú (1919-1930)* (Finlandia: Academia Scientiarum Fennica, Sarja-ser, HUMANIORA nide-tom. 290, 1997), 139-166.
39. Vargas Araya, *El lado oculto del presidente Mora*, 31.
40. *Ibid.*, 27 (nota 3), 28 (nota 5), 29 y 155.
41. *Ibid.*, 79.
42. Quesada Camacho, *Clarín Patriótico*, 1.
43. *Ibid.*, 2.
44. Francisco Rodríguez Camacho, *Glorias de Costa Rica. Pinceladas sobre las guerras de Centro América en los años de 1856 y 1857* (San José: Imprenta Nacional, 1895).
45. Quesada Camacho, *Clarín Patriótico*, 62-63.
46. José Luis Vega Carballo, *Orden y progreso: la formación del Estado Nacional en Costa Rica* (San José, Costa Rica: ICAP 1981).
47. Quesada Camacho, *Clarín Patriótico*, 64-68.
48. José Daniel Gil Zúñiga, “Un mito de la sociedad costarricense: el culto a la Virgen de Los Ángeles (1824-1935)”, *Revista de Historia* (Costa Rica) 11 (enero-junio, 1985): 47-129.
49. Quesada Camacho, *Clarín Patriótico*, 78-94.
50. *Ibid.*, 123. La cursiva es del original.
51. *Ibid.*, 125. Aunque no se puede cuestionar lo traumático que debió ser la lucha contra los filibusteros para la Costa Rica de la década de 1850, la afirmación de Quesada tiene que ser matizada, especialmente si se toma en cuenta que la Guerra Civil de 1948 produjo una cicatriz en la memoria costarricense tan traumática como –o más que– cualquier otra que haya tenido en el pasado. Ver: Manuel Solís, *La institucionalidad ajena. Los años cuarenta y el fin de siglo* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2006).
52. Quesada Camacho, *Clarín Patriótico*, 125. El autor nunca cita a los autores que critica lo cual da poco margen de respuesta a los historiadores que según él caen en “anacronismos” y “esnobismos”.

53. José Abdulio Cordero, *El ser de la nacionalidad costarricense* (Madrid: Tridente, 1964). La UNED publicó una nueva edición de este libro en 1980.
54. Edelberto Torres Rivas, “La nación: problemas teóricos e históricos” en: *Ibid* y Julio César Pinto, *Problemas del Estado nacional en Centroamérica* (San José: ICAP, 1983).
55. John Lynch, *Las revoluciones hispanoamericanas* (Barcelona: Editorial Ariel, 1976). La primera edición en inglés de este libro es de 1973.
56. Ver: Steven Palmer, “Sociedad Anónima, Cultura Oficial: Inventando la Nación en Costa Rica, 1848-1900”, en: Iván Molina y Steven Palmer (editores), *Héroes al Gusto y Libros de Moda. Sociedad y cambio cultural en Costa Rica (1750-1900)* (San José: EUNED, 2004), 257-323, especialmente, 263-279, originalmente publicado en 1992.
57. Lo que sigue se basa en: David Díaz Arias, “Campaña Nacional y memoria conmemorativa. Un análisis historiográfico”, en: Molina y Díaz, *La Campaña Nacional (1856-1857)*, 37-69, especialmente, 56-65.
58. Palmer, “Sociedad Anónima...”; Víctor Hugo Acuña Ortega, “La invención de la diferencia costarricense, 1810-1870”, *Revista de Historia* (Costa Rica) 45 (enero-junio del 2002): 191-228.
59. Quesada Camacho, *Clarín Patriótico*, 103 y 174. El texto de Cuesta Bustillo citado por Quesada es Josefina Cuesta Bustillo, “Memoria e historia. Un estado de la cuestión”, en: *Ibid* (editora), *Memoria e Historia, Ayer*, 32 (Madrid, Marcial Pons, 1998), 203-224.
60. Quesada Camacho, *Clarín Patriótico*, 71-113.
61. Guerra, *Modernidad e Independencias*, 350.
62. François-Xavier Guerra, “De la política antigua a la política moderna. La revolución de la soberanía” en: François-Xavier Guerra y Annick Lempérière, (et al.), *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX* (México, Centro Francés de estudios Mexicanos y Centroamericanos, Fondo de Cultura Económica, 1998), 109-139.
63. Quesada Camacho, *Clarín Patriótico*, 84-86 y 104.
64. Peter Guardino, *The Time of Liberty: Popular Political Culture in Oaxaca, 1750-1850* (Durham and London, Duke University Press, 2005), 3, 277 y 290.
65. Charles F. Walker, *Smoldering Ashes: Cuzco and the Creation of Republican Peru, 1780-1840* (Durham and London: Duke University Press, 1999), 40.
66. Ese modelo utópico ni siquiera se cumplió en la Revolución Francesa. Ver: Mona Ozouf, *La fête révolutionnaire 1789-1799* (Paris: Gallimard, 1976), 15-20.
67. Quesada Camacho, *Clarín Patriótico*, 111.
68. David Díaz Arias, “Invención de una tradición: la fiesta de la independencia durante la construcción del estado costarricense, 1821-1874”, *Revista de Historia* (Costa Rica) 45 (enero-junio 2002): 105-162 y cita de, 116-117. La cursiva es mía.
69. *Ibid.*, nota 58, 156.
70. Quesada Camacho, *Clarín Patriótico*, 94-96.
71. Iván Molina Jiménez, “El Valle Central de Costa Rica en la independencia”, *Revista de Historia* (Costa Rica) 14 (julio-diciembre de 1986): 85-114.
72. Ricardo Fernández Guardia, *La Guerra de la Liga y la Invasión de Quijano* (San José: Librería Atenea, 1950), 19-20. Archivo Nacional de Costa Rica (ANCR), *Serie Congreso*, No. 1905 (1835), f. 2.
73. “Actas Municipales de San José. Julio 24 de 1820 a Diciembre 20 de 1821”, *Revista de los Archivos Nacionales* (San José), Año XXXIX (1975): 219.
74. Palmer, “Sociedad Anónima...”, 265. La cursiva es del original.



75. Arias Sánchez, *Los soldados de la Campaña Nacional (1856-1857)*, 105.
76. *Ibid.*, 65.
77. *Ibid.*, 109-394.
78. Molina Jiménez, “La Campaña Nacional (1856-1857): investigación histórica y producción literaria”, 14.
79. Luko Hilje Quirós, *Karl Hoffmann: cirujano mayor del ejército expedicionario* (Editorial CUNA, 2007); *Ibid, Karl Hoffmann: naturalista, médico y héroe nacional* (Heredia: Editorial Inbio, 2006); *Ibid, De cuando la patria ardió* (San José: Editorial de la Universidad Estatal a Distancia, 2007).
80. Joaquín Bernardo Calvo, *La Campaña Nacional contra los filibusteros en 1856: breve reseña histórica* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2006); Juan Sepúlveda Troncoso, *La Campaña Nacional del 56: una historia de héroes de la patria. Guión radiofónico* (San José: Cámara Nacional de Radio de Costa Rica, 2006); Elías Zeledón Cartín, *Crónicas de la guerra nacional 1856-1857* (San José: Editorial Costa Rica, 2006); Luis Dobles Segreda (editor), *El libro del héroe* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2006); Manuel Araya Incera (editor), *Relaciones internacionales y lucha contra los filibusteros* (San José: Comisión Nacional de Conmemoraciones Históricas, 2006).
81. Carmen María Fallas Santana, *Elite, negocios y política en Costa Rica 1849-1859* (Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2004).
82. Carmen María Fallas Santana, *Business and Politics in Costa Rica, 1849-1860: Consensus and Conflicts within the Coffee Planter and Merchant Elite during the Mora years* (Ph.D. dissertation, University of California, Los Angeles, 1988).
83. Aparentemente, a pesar del empeño de Braulio Carrillo y luego de Mora Porras por convertir las milicias en una institución con identidad propia, la mayoría de las veces no actuó como tal sino apegada a los intereses de ciertos grupos de la élite. Empero, disocio de la afirmación de Fallas en dos cosas: primero que ese comportamiento del ejército es posterior a Mora Porras; todo hace pensar que es anterior. Y segundo, que se presente en toda la segunda mitad del siglo XIX. Esta última sentencia debería revisarse con más cuidado tomando en cuenta los esfuerzos de Tomás Guardia en la década de 1870 por promover una despolitización del ejército y su reorganización con la idea de volverlo distinto en su actuar con las elites políticas y más coherente como institución. Ver: James Mahoney, *The Legacies of Liberalism: Path Dependence and Political Regimes in Central America* (Baltimore: John Hopkins University Press, 2001), 154 y Orlando Salazar, *El Apogeo de la República Liberal en Costa Rica 1870-1914* (San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica, segunda reimpresión, 1998), 29.
84. Philip Corrigan y Derek Sayer, *The Great Arch: English State Formation as Cultural Revolution* (Oxford: Oxford University Press, 1985); Charles Tilly, *Coercion, Capital, and European States, AD 990-1990* (Cambridge, Mass.: B. Blackwell, 1993); Gilbert M. Joseph y Daniel Nugent, (editores), *Every Forms of State Formation: Revolution and the Negotiation of Rule in Modern Mexico* (Duke University Press, 1994); Juan Carlos Garavaglia, “La apoteosis del Leviathán: El estado en Buenos Aires durante la primera mitad del siglo XIX”, *Latin American Research Review* (Texas) 38, n. 1 (February 2003): 135-168.
85. Por ejemplo: Manuel Calderón, *Las fuerzas sociales en la formación del poder político en Costa Rica, 1821-1849* (Tesis de Maestría en Sociología, Universidad de Costa Rica, 1993); Margarita Silva, *Las elecciones y las fiestas cívico-electtorales en San José, durante la formación del estado nacional en Costa Rica, (1821-1870)* (Tesis de Maestría en Historia, Universidad de Costa Rica, 1993); Hugo Vargas, *Procesos electorales y luchas de poder en Costa Rica. Estudio sobre el origen del sistema de partidos (1821-1902)* (Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad de Costa Rica, 1996); Iván Molina Jiménez, “Elecciones y democracia en Costa Rica (1885-1913)”, en: *Ibid*, “Democracia y elecciones en Costa Rica. Dos contribuciones”, *Cuaderno de Ciencias Sociales*, No. 120 (San José: FLACSO, 2001), 9-32; Díaz Arias, “Invención de una tradición...”; Héctor Pérez Brignoli, “Historia de Costa Rica, 1840-1940. Una síntesis interpretativa”, Colección *Nuestra Historia*, No. 16 (San José: Editorial de la Universidad Estatal a Distancia, 1997); José Bernal Rivas Fernández, *La reestructuración de la Iglesia durante el periodo de formación del Estado Nacional de Costa Rica (1821-1850)* (Tesis de Maestría en Historia, Universidad de Costa Rica, 2000); Clotilde Obregón Quesada, *El proceso electoral y el Poder Ejecutivo en Costa Rica* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2000).
86. Iván Molina Jiménez (editor), *Industriosa y sobria. Costa Rica en los días de la Campaña Nacional (1856-1857)* (Vermont, Estados Unidos: Plumsock Mesoamerican Studies, 2007), ix-x.

87. Iván Molina Jiménez, *Costa Rica (1800-1850). El legado colonial y la génesis del capitalismo agrario* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1991).
88. Eugenia Rodríguez, *Estructura crediticia, coyuntura económica y transición al capitalismo agrario en el Valle Central de Costa Rica (1850-1860)* (Tesis de Maestría en Historia, Universidad de Costa Rica, 1988).
89. Silvia Castro, *Conflictos agrarios en una época de transición. La Meseta Central 1850-1900* (Tesis de Maestría en Historia, Universidad de Costa Rica, 1988).
90. Patricia Vega Jiménez, “De la Banca al Sofá. La diversificación de los patrones de consumo en Costa Rica (1857-1861)”, en: Iván Molina y Steven Palmer (editores), *Héroes al gusto y libros de moda. Sociedad y cambio cultural en Costa Rica (1750-1900)* (San José: Editorial Porvenir, Plumsock Mesoamerican Studies, 1992), 109-135; *Ibid*, *De la imprenta al periódico. Los inicios de la comunicación impresa en Costa Rica 1821-1850* (San José: Editorial Porvenir, 1995).
91. Steven Palmer, “Getting to Know the Unknown Soldier: Official Nationalism in Liberal Costa Rica, 1880-1900”, *Journal of Latin American Studies*, 25, n. 1 (Febrero, 1993): 45-72; *Ibid*, “Sociedad anónima, cultura oficial: inventando la nación en Costa Rica, 1848-1900”, en: Molina y Palmer, *Héroes al Gusto y Libros de Moda*, 169-205.
92. Iván Molina Jiménez, “Diez años de proyectos y resultados” en: *Ibid*, Francisco Enríquez y José Manuel Cerdas (editores), *Entre dos siglos: la investigación histórica costarricense 1992-2002* (Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2003), 321-332, especialmente 324-325.
93. Palmer se refiere especialmente al trabajo de Acuña Ortega, “La invención de la diferencia costarricense, 1810-1870” y de Díaz Arias, *La fiesta de la independencia en Costa Rica, 1821-1921*.
94. Steven Palmer, “El héroe indicado (o un Estado en búsqueda de su nación): Juan Santamaría, la batalla de Rivas y la simbología liberal, 1880-1895”, en: Molina, *Industriosa y sobria*, 119.
95. Rafael Méndez Alfaro, *Imágenes del poder: Juan Santamaría y el ascenso de la nación en Costa Rica* (San José: Editorial de la Universidad Estatal a Distancia, 2007). La tesis tenía un título distinto: Rafael Méndez Alfaro, *Juan Santamaría: una aproximación al estudio del héroe (1860-1915)* (Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad Nacional, 1993).
96. Aunque comparto parte de su crítica hacia la magnitud otorgada por Palmer a la forma en que fue recibida en Costa Rica la declaración de guerra de Justo Rufino Barrios, creo que Rafael Méndez termina subvalorando este elemento que, no debe dejarse de lado, sí formaba parte del contexto en que reaparece claramente la figura de Santamaría con fines nacionalistas. En todo caso, hay que tomar en serio el que en más de una ocasión la idea guatemalteca de reunificar Centroamérica fue respondida en Costa Rica con un discurso de tipo “nacionalista” e interpelando a la guerra contra los filibusteros como credencial del valor costarricense en la defensa de su territorio. Ver: David Díaz Arias, “Una Fiesta del Discurso: vocabulario político e identidad nacional en el discurso de las celebraciones de la independencia en Costa Rica, 1848-1921”, *Revista Estudios* (Escuela de Estudios Generales, Universidad de Costa Rica) 17 (2003): 73-104.
97. Méndez Alfaro, *Imágenes del poder*.
98. Raúl Aguilar se equivoca al decir que el trabajo de Méndez no llega a “nada nuevo” en el análisis que hace de sus fuentes. Raúl Aguilar Piedra, “La guerra centroamericana contra los filibusteros en 1856-1857: una aproximación a las fuentes bibliográficas y documentales”, *Revista de Historia* (Costa Rica) 51-52 (enero-diciembre del 2005): 494.
99. Víctor Hugo Acuña Ortega, “Vertientes del recuerdo. Historia y memoria de la guerra contra los filibusteros: Estados Unidos, Nicaragua y Costa Rica (siglos XIX-XXI)” (San José: inédito), 2. Agradezco al autor la copia del borrador de su importante obra.
100. Víctor Hugo Acuña Ortega, “Introducción” en: *Ibid* (editor), *Memoria: Simposio Internacional Filibusterismo y Destino Manifesto en las Américas* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, en prensa). Agradezco nuevamente a Víctor Hugo Acuña el acceso a este trabajo.
101. Iván Molina Jiménez, “Nuevos libros, vieja historia”, *La Nación*, 12 de mayo del 2007, 31A.
102. Armando Vargas Araya, “Mora tiene mucho que hacer aún”, *La Nación*, 19 de mayo del 2007, 36A; Juan Rafael Quesada Camacho, “Vieja y ‘nueva historia’”, *La Nación*, 20 de junio del 2007, 37A. Quesada ya había utilizado la

calificación de “macartista” para referirse a José Figueres Ferrer por un discurso anticomunista que dio en 1956 en el contexto del centenario de la Campaña Nacional. Juan Rafael Quesada, “Más allá de Walker”. Ese artículo circuló en el boletín electrónico de la Asociación de Profesionales de la Segunda Enseñanza (APROEES) el 28 de octubre del 2006 y también se publicó en la sección de opinión del *Semanario Universidad* en su edición del 2 al 8 de noviembre del 2007. Para una reacción a ese trabajo ver: David Díaz Arias, “Figueres y la Campaña Nacional en 1956”, texto que circuló en el boletín indicado el 29 de octubre del 2006. La dirección electrónica del boletín de APROEES es: <http://groups.google.co.cr/group/baproees/>

103. Víctor Hugo Acuña, “Recuerdos de Walker”, *Áncora, La Nación*, 13 de mayo del 2007, 12.
104. Gerardo Ruíz Ramón, “Sólo si 40% del padrón vota referendo será vinculante”, *Diario Extra*, 13 de julio del 2007.
105. Estos comités incluso abrieron un sitio electrónico que se fundó en octubre del 2006: [www.comitespatrioticos.com](http://www.comitespatrioticos.com)
106. Natalia Carballo, Erick Chinchilla, Salomé Hernández, Rodrigo Lizama y Andrés Vargas, “Utilización de la Campaña Nacional de 1856-1857 por parte de los grupos que apoyan y se oponen al Tratado de Libre Comercio entre Costa Rica y los Estados Unidos con miras a su discurso actual”, trabajo final para el curso Temas de Historia del Poder y de las Relaciones Internacionales en Costa Rica, I semestre 2006. En línea en la dirección: [http://www.historia.fcs.ucr.ac.cr/hcostarica/2005/utilizacion\\_1856.pdf](http://www.historia.fcs.ucr.ac.cr/hcostarica/2005/utilizacion_1856.pdf)
107. Iván Molina Jiménez, “La versión extrema sobre William Walker”, *Áncora, La Nación*, 20 de mayo del 2007.
108. Juan Rafael Quesada Camacho, “Walker, agente del Destino Manifiesto”, *Áncora, La Nación*, 6 de mayo del 2007. En este artículo Quesada se pregunta: “¿Qué representó William Walker? William Walker no fue un simple aventurero o un escalador político y social, como nos lo cuentan las viejas y nuevas “cartillas” escolares. El era un filibustero, y, como el filibusterismo era una ‘institución nacional’ a mediados del siglo XIX, de los filibusteros ‘se esperaba el éxito únicamente. (...) Si triunfaba, se convertía en héroe y patriota; si no, pasaba a ser un malvado. La iniciativa privada maniobraba con éxito donde el presidente de los Estados Unidos no podía actuar libremente debido a las leyes de neutralidad, pero sobre todo a causa del contrapeso representado por su rival, Inglaterra”.
109. Armando Vargas Araya, “La visión filibustera”, *Áncora, La Nación*, 17 de junio del 2007.
110. Lowell Gudmundson, “Walker, los ‘buenos’ y los ‘malos’”, *Áncora, La Nación*, 3 de junio del 2007, 6.
111. Rogelio Ramos Valverde, “Sobre algunos historiadores”. *Tribuna Democrática*, 25 de mayo del 2007, en: [http://www.tribunademocratica.com/2007/05/sobre\\_algunos\\_historiadores.html](http://www.tribunademocratica.com/2007/05/sobre_algunos_historiadores.html).
112. Mario Loaiza, “¿Qué pretenden? ¡Desvalorizar a nuestros héroes!””, *Tribuna Democrática*, 29 de mayo del 2007, en: [http://www.tribunademocratica.com/2007/05/que\\_pretenden\\_desvalorizar\\_a\\_nuestros\\_heroes.html](http://www.tribunademocratica.com/2007/05/que_pretenden_desvalorizar_a_nuestros_heroes.html).
113. Ver el comentario #1919 al artículo de Loaiza mencionado en la cita anterior.
114. Juan Rafael Quesada Camacho, “¿Han leído mi libro mis detractores?””, *La Nación*, 7 de junio del 2007, 28A. Ver la reacción de Gudmundson reproducida el 20 de junio del 2007 en: Lowell Gudmundson, “¡Que viva la polémica!... sin que mueran las amistades”, *Tribuna Democrática*, 20 de junio del 2007, en: [http://www.tribunademocratica.com/2007/06/que\\_viva\\_la\\_polemica\\_sin\\_que\\_mueran\\_las\\_amistades.htm](http://www.tribunademocratica.com/2007/06/que_viva_la_polemica_sin_que_mueran_las_amistades.htm)
115. Iván Molina, “La guerra de 1856-1857, Juan Rafael Mora y el libro de Armando Vargas”, *Semanario Universidad*, 21 de junio del 2007, 21; 28 de junio del 2007, 23; 12 de julio del 2007, 20; *Ibid*, “Detrás del enjuiciamiento a Juan Rafael Mora”, *Ojo*, 25 de julio del 2007, 18. Ver también Iván Molina Jiménez, “En defensa del análisis histórico. A propósito de algunas obras recientes sobre la guerra de 1856-1857”, *Revista de Historia de América* (México) 137 (enero-diciembre del 2006), en prensa.
116. Iván Molina Jiménez, “La invención de Juan R. Mora”, *Áncora, La Nación*, 10 de junio del 2007.
117. Lowell Gudmundson, “Historias y héroes peligrosos”, *Áncora, La Nación*, 22 de julio del 2007.

## NORMAS DE ESTILO

1. El texto del artículo debe entregarse en letra *Times New Roman*, número 12 y a espacio sencillo.
2. El título del artículo va en mayúscula y negrita. Las palabras con acento escrito lo conservan cuando van en mayúscula. No se pone punto al final de ningún título.
3. El nombre del autor, en *itálica*, llevará un asterisco, para remitir al pie de la página en donde deben aparecer los datos más relevantes de éste, como nacionalidad, mayor grado académico que ostenta, institución en la que trabaja y dirección de correo electrónico.
4. Los subtítulos se escriben en letras minúsculas y negritas.
5. Las referencias (notas) se presentan al final del artículo, se utiliza la numeración corrida. En ningún caso se aceptarán artículos que presenten el sistema de citación entre paréntesis y dentro del mismo texto.
6. En el texto, si es del caso, el número que remite a la cita aparecerá después de la coma, el punto y coma, el punto y seguido o el punto y aparte.
7. Las citas textuales de menos de tres líneas se dejan dentro del párrafo corriente, y se señalan encerrándolas entre comillas y sin *itálica*. Citas más amplias se colocan en párrafo aparte, con comillas, con un tamaño de letra de 10 puntos y con doble sangría.
8. Después del punto y aparte siempre debe utilizarse la sangría.
9. Los artículos no llevan bibliografía. Por eso, la primera vez que se cita una obra ésta debe aparecer con la referencia bibliográfica completa. Para esto, deben seguirse las normas indicadas en el documento adjunto “Formato para las referencias”.
10. Todas las alocuciones en otro idioma se remarcan con letra *itálica*.
11. Dentro del cuerpo del texto, los títulos de libros y revistas deben aparecer en *itálica*. Los títulos de artículos o partes de libros se encierran entre comillas.
12. Para incluir explicaciones dentro del texto no se debe usar el paréntesis, sino el guión largo “—”.
13. Los accidentes geográficos se escriben con minúscula, así: isla Quiribí, península de Yucatán, istmo centroamericano.
14. Después de signos de admiración, o interrogación no se pone punto.
15. Todas las citas textuales que originalmente están en un idioma que no sea el español, deben presentarse traducidas al español.
16. Los números deben ir con punto para los miles y coma para los decimales.

## **Imágenes**

1. Los títulos de mapas, imágenes, cuadros y gráficos van en mayúscula y negrita.
2. En todas las imágenes debe indicarse la fuente de la cual fueron tomadas, siguiendo las reglas indicadas arriba. Las fuentes de las mismas, se escriben en letra 10 puntos.
3. Todas las imágenes, mapas, fotografías, dibujos etc., que se incluyan en los artículos deben venir con la respectiva autorización para su publicación. Dicha autorización debe ser emitida por el autor de la misma.

## **Formato para las referencias**

### **Libro – un autor**

Juan José Marín Hernández, *La tierra del pecado, entre la quimera y el anhelo: historia de la prostitución en Costa Rica, 1750-2005* (San José, Costa Rica: Librería Alma Mater y Sociedad Nueva Cultura, 2006), 99.

### **Libro – varios autores**

Iván Molina y Fabrice Lehoucq, *Urnas de lo inesperado: fraude electoral y lucha política en Costa Rica (1901-1948)* (San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1999), 24.

### **Capítulo de libro**

Victoria González, “Memorias de la dictadura: narrativas de las mujeres somocistas y neo-somocistas (1936-2000)”, en: *Mujeres, género e historia en América Central durante los siglos XVIII, XIX y XX*, (ed.) Eugenia Rodríguez Sáenz (San José, Costa Rica: UNIFEM, Oficina Regional de México, Centroamérica, Cuba y República Dominicana; Plumsock Mesoamerican Studies; Varitec, 2002), 118.

### **Tesis de graduación**

Rosa Torras, *Conformación de un Municipio marginal guatemalteco: tierra, trabajo y poder en Colotenango (1825-1947)* (Tesis de Maestría en Historia, Universidad de Costa Rica, 2004), 117.

### **Avances de Investigación**

Iván Molina, “Organización y lucha campesina en el Valle Central de Costa Rica (1825-1850)”, en: *Avances de Investigación*, No. 19 (Centro de Investigaciones Históricas, UCR, 1986).



### **Artículo de revista (sin volumen)**

Sonia Alda Mejías, “Las revoluciones liberales y su legitimidad: la restauración del orden republicano. El caso centroamericano, 1870-1876”, *Revista de Historia* (Costa Rica) 45 (enero-junio 2002): 232.

### **Artículo de revista (con volumen)**

Ronny Viales, “El Museo Nacional de Costa Rica y los albores del discurso nacional costarricense (1887-1900)”, *Vínculos* (Costa Rica) 21, n. 1-2 (1995): 101.

### **Artículo de revista electrónica**

Mauricio Menjívar Ochoa, “De productores de banano y de productores de historia(s): La empresa bananera en la Región Atlántica costarricense durante el período 1870-1950, en la mirada de la historiografía en Costa Rica (1940-2002)”, Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos, 13 (julio-diciembre 2006).

<http://collaborations.denison.edu/istmo/n13/articulos/productores.html> (Fecha de acceso: 5 de mayo 2008).

### **Artículo de periódico – sin autor**

*La Nación*, “Hondureños contra la corrupción”, 11 de febrero 2007, 26A.

### **Artículo de periódico – con autor**

Fernando Durán Ayanegui, “El júbilo y el dolor”, *La Nación*, 11 de febrero 2007, 30A.

### **Artículo de periódico – de una base electrónica**

“Caldera: los insultos son falta de argumentos”, *El Nuevo Diario*, 10 de noviembre de 2005, <http://www.elnuevodiario.com.ni/2005/11/10/nacionales/5427>, (Fecha de acceso: 12 de noviembre 2005).

### **Formato para referencias adicionales (después de la primera vez)**

Utilice el siguiente formato para referencias adicionales (después de la primera referencia completa en una nota anterior) en caso de utilizar **solo una obra del autor** mencionado:

Ejemplo: Viales, 120.

Utilice el siguiente formato para referencias adicionales (después de la primera referencia completa en una nota anterior) en caso de utilizar varias obras del mismo autor,

Ejemplo: Viales, “El Museo Nacional”, 101.

Utilice el siguiente formato (para referirse a la información de la nota anterior) en caso de que el autor, la obra y la página son los mismos que en la nota anterior,

Ejemplo: *Ibid.*

Utilice el siguiente formato (para referirse a la información de la nota anterior) en caso de que se trate del mismo autor y la misma obra pero página distinta,

Ejemplo: *Ibid.*, 118.

**NO utilice** *loc.cit*, *art.cit*, *op.cit.*, **ni** *Idem*.

**Recuerde** que en español, el título de la obra inicia con mayúscula pero el resto de las palabras serán con minúscula. En los títulos en inglés, se respetará el estilo en esa lengua, o sea, cada palabra del título inicia con mayúscula.